

DEFINICIONES SOBRE JUVENTUD

Francisco Cevallos Tejada

La construcción del sujeto juvenil

La juventud no es una edad, sino una estética de la vida cotidiana

B. Sarlo

los expulsados los excluidos

los explotados los exhibidos

los no explicados

los no explorados

...algo dirán!

Pedro Guerra

INTRODUCCIÓN ¹

La Juventud es una categoría construida culturalmente en contextos sociohistóricos y relaciones de fuerza determinadas, que parte de una lógica individual y colectiva diversa en la que confluyen éticas y estéticas, es decir, estilos de vida particulares (individuales y colectivos), prácticas, imaginarios y sentidos; todos ellos caracterizados por situaciones y condiciones sociales que se expresan en relaciones de confianza o conflicto con la sociedad y sus instituciones, con sus propios espacios emocionales o materiales para la socialización, y con distintos ámbitos y entornos de pertenencia como la familia, escuela, grupo de pares, calle y otros, como factores que la posicionan socioculturalmente en el tiempo y en el espacio.

Es imprescindible, hablar de la diversidad. Más allá de la construcción de un discurso con fines investigativos, comunicativos, narrativos o periodísticos, para el caso de los jóvenes es necesario referirnos a su diversidad. Todo aquello que caiga en la homogenización o en el estereotipo, carece de valor científico. Este reconocimiento resulta, incluso una práctica ética.

Incluso, el intento por generalizar un grupo social dependería de la posibilidad que el grupo en su conjunto refleje una totalidad, o que su muestra sea “representativa”, y en tiempos donde la representación y la representatividad se encuentran cuestionadas, es aún más difícil. Pues hemos aprendido a dudar de las identidades (primarias), absolutas, simples y sustanciales, en lo personal o colectivo, ya que no expresan la totalidad sino bajo un cierto ángulo (Augé, 1996). Por ello, es importante resaltar, como diría Pérez Islas (2000), para hablar de juventud, es necesario tomar en cuenta un sinnúmero de visiones y versiones.

De allí que el reto por definir a la juventud es siempre interesante, pero a la vez, delicado. Si reconocemos que existen diversas formas de vivir la calidad del “ser joven”, resultaría, por tanto, injusto intentar generalizar este concepto. Entender las múltiples y particulares maneras de “ser y estar en el mundo” para los y las jóvenes de hoy, y el reconocimiento de estos mundos juveniles, es el primer punto de partida para entender a este grupo social.

Si nos remitimos a la mitología griega, podríamos encontrar que frente a un Ulises que simboliza la astucia y la inteligencia pragmática. Aquiles, por su parte, personifica el ímpetu de la juventud, la audacia espontánea y el ideal de la amistad. Desde aquel tiempo, se configuraba ya una categoría de juventud. Si bien, la constitución de las sociedades en diferentes momentos históricos era joven, o que el rol de ésta ha sido decisivo en los procesos de cambio, las revoluciones, la fuerza de trabajo o los ejércitos; la categoría “jóvenes” aparece en la posguerra

¹ Este documento constituye el Marco Conceptual a partir del que se armó el Sistema de Indicadores de la Juventud en el Ecuador SIJOVEN. Parte de este capítulo tiene como referencia el Informe Interno de Consultoría: Cevallos, Francisco. *Políticas Públicas Locales de Juventud*, en Agenda de Políticas de Desarrollo Humano y Economía Local para el Distrito Metropolitano de Quito. FLACSO-MDMQ. Quito, febrero 2003.

(europea), como actor económico emergente, como fuerza de trabajo que supliera las bajas que dejó aquel conflicto. Asimismo, desde la psicología se va generando una serie de estudios del adolescente y el joven, hasta que la juventud –definitivamente- aparece política, social y culturalmente con mayor fuerza, quizá por el carácter simbólico que adquiere, en la “revolución de las flores de mayo del 68”; claro está, jóvenes, en tanto “estudiantes” o “hippies”.

La tendencia ha seguido desarrollándose, especializándose, diversificándose, incluso, compartimentando a este grupo social, al punto de “estudiarlos” en tanto: pandilleros, adictos o desempleados; enfoques no han hecho más que reducir y fraccionar al sujeto, o diluir sus especificidades. De ahí que, el reto actual es recuperar o (re)significar a este grupo social en tanto “sujetos de derechos”, “sujetos integrales” y, quizá mucho más allá, en tanto seres humanos con la calidad intrínseca de dignidad humana; sin perder de vista, eso sí, su enorme diversidad.

Entendida como la fase de la vida individual comprendida entre la pubertad fisiológica (una condición ‘natural’) y el reconocimiento del estatus adulto (una condición ‘cultural’), la juventud ha sido vista como una condición universal, una fase del desarrollo humano que se encontraría en todas las sociedades y momentos históricos (Feixa, 1998). Esta, al igual que otras teorías, hoy dominan el sentido común.

“Ser joven” no es la contradicción entre el no niño y el no adulto; no es una etapa de transición; ni una *edad cronológica* exclusivamente; tampoco comprende una *edad biológica*. Ser joven comprende una *edad social* que podría estar determinada por características propias como el tipo de roles y responsabilidades que se adoptan, y las decisiones que marcan sus vidas y que se las toma en esta etapa². Asimismo, la juventud de hoy, gesta sus relaciones en un *entorno nuevo* o, por lo menos, diferente al de las generaciones anteriores; entornos propios de socialización, o de éstos con la sociedad y sus instituciones, signados por situaciones y condiciones particulares³.

Es decir, el reconocimiento a un determinado grupo social, en este caso la juventud, implica reconocer sus particularidades; la diversidad del país es también expresa al interior del grupo de juventud; y así, el discurso social debe optar por hablar de este grupo poblacional en su conjugación plural: “las juventudes”, reconociendo de esta manera aquellas diferencias objetivas, subjetivas, simbólicas o imaginarias en las que los y las jóvenes constituyen sus gustos, consumos y relaciones entre pares, con la sociedad y sus instituciones; es decir, constituyen una cultura particular.

Las variadas lecturas y perspectivas han llevado a tematizar que lo que se encuentra en juego es el referente-mundo en el que habitan estos “nomádicos sujetos⁴”; inmersos en la problemática social y como parte indisociable del escenario que cotidianamente semantizan y se apropian, la complejidad se encuentra en la articulación de las representaciones, porque el sentido de las mismas se arma en un *continuum* simbólico que desvanece fronteras, márgenes y límites. (Reguillo, 2000b)

Quizá –dicen algunos investigadores- el discurso cinematográfico y literario, por su carácter narrativo, es el que mejores acercamientos –analíticos, críticos y descriptivos- ha logrado en torno a las situaciones y espacios de socialización de los jóvenes, sin “perder” al sujeto juvenil. Sin embargo, temas recurrentes de las últimas producciones (nacionales e internacionales) son la marginalidad, la delincuencia, la droga y la violencia, relacionadas con la juventud; es decir, también han caído en el lugar común y el estereotipo de estos sujetos. Sujetos juveniles vueltos espectáculo⁵, y en la medida en que sus narraciones siempre se las vincula con la violencia o las

² Ver Cevallos F. y Cevallos C. (1999) y otros trabajos de los autores.

³ Los jóvenes hoy, a más de pertenecer a un género determinado, una situación económica, o una adscripción étnica y otras condiciones sociales, existen también situaciones particulares del accionar juvenil como: las representaciones estéticas que han asumido; las nuevas formas políticas de participación; las formas de resistencia que ahora constituye la globalización o instituciones como el FMI; la manera de relacionarse con la pareja, de asumir la maternidad, de no compromisos, entre otras.

⁴ Acerca del Nomadismo Juvenil ver textos de Maffesoli.

drogas, ha llevado a generar imaginarios sociales en el que aparece el joven como el “nuevo sujeto delictivo”, el “nuevo enemigo social”, creyendo la sociedad que efectivamente lo son⁶.

De allí que, analizar los discursos que han producido conocimiento sobre los jóvenes, y los “nuevos” escenarios en lo que respecta al pensamiento de las culturas juveniles, en sus territorios –materiales y simbólicos–, provocan pensar una juventud no como categoría unívoca, sino de una categoría construida culturalmente⁷; por tanto, los criterios que fijan los límites y comportamientos de lo juvenil deben vincularse a los contextos socio - históricos y a las relaciones de fuerza de una determinada sociedad, y no al estricto acto reflejo de unas juventudes “esencia” inscritas en determinaciones fácticas.

Por tanto, el concepto de juventud, como proceso de construcción histórica, ha variado con cada generación y cada modelo social; las relaciones que establece cada sociedad a través de sus instituciones, para con los jóvenes, se remite a una forma de ver a estos sujetos según momentos históricos determinados. Por ejemplo: si un país enfrenta un conflicto bélico, el ejército, en este caso, requiere predominantemente de jóvenes que se incorporen a sus filas para hacer frente al hecho histórico en mención; asimismo el mercado laboral tiene acercamientos particulares hacia los jóvenes, pues constituyen la fuerza laboral que mejorará sus niveles de producción; por último, el apareamiento de una sociedad de consumo⁸, se acerca a la juventud en tanto consumidores; todos estos ejemplos para establecer que la historia, en tanto movimiento del ser en el tiempo, remite a unos entendimientos y visiones particulares de cada grupo social según los hechos y acontecimientos que lo circundan.

La categoría “juventud” que se ha ido definiendo, se encuentran en permanente construcción; la juventud se construye y deconstruye permanentemente; lo interesante en este proceso es como diversas disciplinas han ido confluyendo en la intención de dar cuenta de este grupo social.

El reconocimiento del carácter dinámico y discontinuo de los jóvenes, nos lleva a no conformarnos con las categorías biológicas o psicológicas; sino a pensar a la juventud como una “metáfora del cambio social” (Feixa); no como una edad, sino como “una estética de la vida cotidiana” (Sarlo); como un “estado” (Reguillo) y no como una etapa de transición, un proceso de metamorfosis o una etapa de preparación de la juventud como futuro.

Reconocimiento que no debe separarse de la relación y el conflicto en sus propios espacios emocionales o materiales para la socialización. Es decir, en sus “comunidades inmediatas de significación” (Orozco) o en sus “comunidades imaginarias” (Reguillo) a las cuales se adscriben, y a través de registrar sus “gramáticas de vida” (Habermas), podremos entender a un joven posicionado socioculturalmente, en sus interrelaciones entre los distintos ámbitos de pertenencia como la familia, escuela, grupo de pares, calle y otros.

Adolecer vs. Adolescere

A lo largo de los estudios realizados sobre juventud, el término adolescencia es comúnmente utilizado y, sustentado de diversas maneras, puede ser apropiado; sin embargo, es necesario señalar algunas precisiones frente al uso social y conceptual de este término.

El común de las personas supone que el adolescente o joven es todo aquel que está en proceso de preparación para la vida adulta, lo que lo califica como un ser todavía indefinido y

⁵ El proceso de espectacularización de los jóvenes es mucho más amplio. Generalmente sitúa a los jóvenes en las primeras planas de los noticieros cualquier acción impulsada desde ellos(as) que irrumpiere con la normatividad: protestas callejeras o confrontaciones violentas en espacios públicos; actos de convocatoria masiva -ya sea conciertos, partidos de fútbol u otros-; o acciones “extraordinarias” como decir “joven ecuatoriano triunfa en...”.

⁶ No solo la producción cinematográfica o literaria ha contribuido en este sentido, también lo han hecho los medios de comunicación. Sus titulares y demás contenidos revelan una tendencia a la generación de estereotipos y generalizaciones donde surgen otros patrones de segregación y exclusión de clase y racial: joven-negro-desempleado-sin estudios-popular, u Joven-hombre-indio-popular-desempleado-marginal, se han convertido en los “nuevos sujetos de la criminalidad, en tanto víctimas, pero sobre todo en tanto victimarios.

⁷ Ver autores como Reguillo, Feixa, entre otros.

⁸ Si bien este fenómeno tiene ya varias décadas, puede ser considerado reciente en función de la historia de la humanidad.

sujeto a un proceso de completud (Cevallos C., 2004). Incluso, la misma juventud ha sido catalogada como “la única enfermedad que se cura con los años”.

Ni incompletos, ni enfermos, pues no adolecen de nada -quizá si de la garantía integral de todos sus derechos, pero no de aquello de lo que la sociedad les imputa-. Las críticas efusivas en el plano personal y de sus organizaciones debido al uso social del término “adolescentes”, de las concepciones y estigmatizaciones que genera, los lleva a que este término carezca de significación; ellos, hombres y mujeres jóvenes, se consideran a sí mismos como jóvenes, y revelan la importancia de que se los considere “no como seres que se encuentran en una perenne transición hacia la vida adulta, sino como personas para quienes los acontecimientos del presente constituyen un aspecto central en sus vidas” (Maluf, 2004).

Además, podríamos argumentar que para ciertos casos como en el pensamiento andino, los conceptos relacionados con la adolescencia no existen, ni en términos conceptuales, ni prácticos, pues las personas comienzan desde muy “jóvenes” –incluso desde la misma niñez- a asumir responsabilidades consideradas propias del mundo adulto.

Sébase que, etimológicamente el término adolescencia proviene del latín “*adolescere*”: *crecer*, más no de una raíz con significancias de “dolencia” sobre algo. Es importante, por consiguiente, dar el valor real de la palabra en el caso de que la misma sea utilizada; aunque para nuestros fines, trataremos –en lo posible- de utilizarlo lo menos posible, y reconocer las propias afirmaciones de estos sujetos como “jóvenes”.

La definición etárea

La edad social, salvo particularidades de situaciones y condiciones, para definir y analizar la situación juvenil, puede establecerse entre los 15 y 24 años. El paso a una etapa adulta comprende situaciones en las cuales: aumentan progresivamente su presencia en el mundo laboral en jornadas cotidianas; disminuyen sus tiempos para el juego y la recreación; conforman sus propios hogares con independencia económica; y decrecen sus procesos de enseñanza-aprendizaje.

La adscripción identitaria juvenil, desde adentro y desde afuera; es decir: de cómo se ven a sí mismos, así como de cómo los mira la sociedad, responde a una relación, distinción, diferenciación e, incluso, confrontación con otras generaciones⁹.

En tal sentido, un concepto como el de juventud se explica en mayor medida -no solo desde un enfoque operativo, sino desde un enfoque de relación-, no por la sola edad, sino en función de las relaciones con las otras generaciones (Cevallos C¹⁰., *ibid*).

Innumerables instrumentos técnicos y políticos dan cuenta de una (in)definición frente al rango de edad de la juventud; así, la Resolución 50-81 de Naciones Unidas¹¹, y otros instrumentos como el PRDAJAL¹², fijan un rango entre los 15 y los 24 años de edad; mientras que la Carta Iberoamericana de Derechos de la Juventud lo hace entre los 15 y 25 años. Los instrumentos nacionales como Ley de la Juventud fija esta edad entre los 18 y los 29 años, y el Código de Niñez y Adolescencia, fija la etapa de adolescencia entre los 12 y los 18 años.

Sin embargo, tomando en cuenta los disensos existentes en la delimitación de la edad, así como de las situaciones y condiciones que identifican el “ser joven”, en estricto sentido investigativo y analítico de la situación particular de los y las jóvenes en el Ecuador, no sólo es

⁹ Según varias visiones, podríamos identificar, por un lado a los “escencialistas” que consideran que la identidad mana de una naturaleza idéntica compartida; y, por otro lado a los “construccionistas” que consideran que la identidad es construida artificialmente en la interacción social.

¹⁰ Cevallos C. y varios autores. Análisis situacional de la Juventud en el Ecuador. Banco Mundial. Quito, 2004.

¹¹ El Programa de Acción Mundial para la Juventud hasta el año 2000 y años subsiguientes constituye el instrumento internacional más importante en materia de juventud, la misma fue aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 13 de marzo de 1996.

¹² El Programa Regional de Acciones para el Desarrollo de la Juventud en América Latina 1995 – 2000, fue impulsado por la Organización Iberoamericana de Juventud.

pertinente, sino necesario establecer un rango etéreo. Por tanto, las edades seleccionadas para realizar este estudio se ubican en los grupos de adolescentes y jóvenes que tienen entre 15 y 24 años¹³.

Para llegar a dicha delimitación, debemos remitirnos a la tendencia investigativa, tanto histórica -convencional para muchos-, como teórica que tiene relación con las características (situaciones y condiciones) generalizables que circundan a la etapa juvenil; sobre todo aquellas que la diferencia socialmente de otras etapas como la niñez, la adultez o la tercera edad.

Inicialmente podríamos analizar que el paso de la niñez a la juventud comprende situaciones institucionales, sociales, culturales, incluso políticas y económicas. Las instituciones juegan un papel fundamental no solo en la internalización de valores, sino en la asignación de roles¹⁴; para el caso de los y las jóvenes, es, a través de ciertas instituciones, donde se marca su rol social, con lo cual se afirma sus adscripciones identitarias, no necesariamente de aceptación de instituciones y roles, sino a partir de su contraposición con dichas instituciones y con los roles que los actores sientan en ellas.

Influye por tanto, el tránsito de la escuela al colegio, y mayormente la incorporación al ciclo de especialización para el bachillerato o carreras técnicas; el acercamiento más cercano a alcohol, tabaco y drogas ilícitas; la “pulsión” o “efervescencia” por la experimentación, el riesgo, el vértigo o el peligro. Su cuerpo cambia, su voz, su contextura física y otros, generan una mayor apropiación del cuerpo y una exigencia cada vez mayor a su intimidad; es decir, asumen su cuerpo con particularidades formas y lo “adornan”, su cuerpo se vuelve un vehículo de expresión social, es la estética de la piel. Son más “contestones” y “rebeldes”, es decir, expresan su posición con mayor fuerza¹⁵.

Dichas situaciones de diferenciación de lo juvenil y lo infantil están marcadas, incluso por el mercado y las industrias culturales, quienes también los diferencian y “ofrecen” productos “exclusivos” y particulares para su consumo. Y de jóvenes que, por su parte, contemporáneamente, estructuran sus relaciones desde lo que pueden ser sus accesos al consumo, la existencia de las marcas, el status, etc.

En todas las culturas, comunidades o tradiciones familiares, se han constituido “ritos de paso”; cada rito encierra un sentido mítico, y en la exploración de ese pensamiento mítico, es posible encontrar las formas en que se definen a los sujetos de la sociedad: cumplir una cierta edad; ingresar a un ciclo educativo o institución; la aceptación que puede tener una vida sexual activa; la “perdida” de la virginidad –sobre todo en los hombres-; la llegada de la primera menstruación; el aprestamiento al trabajo; la oportunidad de vincularse efectivamente con los quehaceres de las comunidades adultas; entre otras, significan “ascenso” social y familiar, dignas de otorgárseles recompensas y “beneficios” como entregarles un juego de llaves de la casa, participar de las reuniones de “adultos”, mirar la televisión hasta cualquier hora, y otras tantas.

La juventud, por tanto, es un tiempo de decisiones, responsabilidades y experimentación propias: estudiar y qué estudiar; trabajar y sus ingresos; sus relaciones con la pareja, de como viven su sexualidad o el hecho de poder ser padres o madres; el qué hacer con su tiempo libre o el tipo de vicios o consumos a los que se acercan. Todas ellas constituyen situaciones que

¹³ Esta definición concuerda con varios documentos internacionales, y con las últimas investigaciones desarrolladas acerca de la juventud en el Ecuador. Ver *Análisis Situacional de la Juventud en el Ecuador*. Banco Mundial. 2004. Entre otras.

¹⁴ La corriente estructural-funcionalista, Parsons, por ejemplo, ha hecho precisiones al respecto y podría ser vigente, con ciertas categorías, para analizar el momento actual.

¹⁵ Aquí podría profundizarse en lo que Cevallos C. (2004) desarrolla en sus textos acerca de “la dialéctica de lo joven y lo adulto” –en Módulos de Formación para Adultos. PMT. (en prensa)-, donde podemos encontrar descripciones sobre las cuales se representa a la adultez en la dicotomía de ser seres “indiferentes, castrantes, despóticos, crueles, dictadores” y en la misma medida son sinónimo de “comprensión, seguridad, apoyo, estímulo”. Asimismo las expresiones adultas acerca de la juventud los cataloga como “promiscuos, libertinos, irresponsables, malcriados, sin valores”, al mismo tiempo de citarlos como sinónimo de “libertad, alegría, espontaneidad, ingenuidad, pureza”. Todas estas expresiones basadas en distintas investigaciones y grupos focales.

marcan sus vidas, que se las toma en esta etapa y que, generalmente, lo enfrentan por primera vez.

Cada sujeto joven, a diferencia del niño, siente y exige mayor autonomía; se involucra en otros espacios de socialización: conforma organizaciones, clubes o pandillas; asiste a bailes, fiestas y conciertos. Esa búsqueda de autonomía es, de hecho, lo que los va llevando a dejar esa “moratoria social” y los involucra en el mundo adulto, el mismo que está signado por una asunción de autoridad y poder sobre sí mismos y el resto. Una autonomía que tiene relación con la independencia, más que con el rechazo o desvinculación a instituciones sociales como la familia, por ejemplo.

En tal sentido, aquella etapa de vida que empieza con la pubertad, termina con la asunción plena de las responsabilidades y la autoridad del adulto, en tanto jefes masculino y femenino de un hogar económicamente independiente; presencia del trabajo en la jornada cotidiana; disminución del juego, y de su presencia en instituciones de aprendizaje¹⁶.

Varios estudios cualitativos en los cuales se ha preguntado a jóvenes acerca de la edad en la que marcarían una “ruptura” entre el mundo joven del adulto, o una edad en la cual “componerse” o “madurar”, el promedio de sus respuestas se encuentra en los 25 años¹⁷, es decir que esta edad juega en el imaginario juvenil como un “tope”, a partir del cual las responsabilidades y roles anteriormente citadas deben ser asumidas con “seriedad”. Además, ésta constituye una edad en la cual, en promedio, los jóvenes ya se encuentran, sea incorporados en el mercado laboral y actividades productivas, u “obligados” a incorporarse; además de que, en su mayoría, ya han modificado su estado civil o tienen perspectivas de hacerlo; en otros casos ya son padres o madres, o aspiran a serlo; y otros tantos roles considerados del mundo adulto.

Si bien, a lo largo de la construcción de lo juvenil puede tematizarse lo que algunos investigadores han señalado como elementos centrales a: *la emancipación y la autonomía como trayectoria; la construcción de una identidad propia como problema central; o las relaciones intergeneracionales como marco básico para el logro de dichas metas*; sobre todo, lo que salta a la vista es aquella característica donde prima “*la obtención de la condición de adulta como meta principal*”¹⁸, develándose así la tendencia en la que en la sociedad se prima la etapa adulta, lo que ha llegado a denominarse como adultocentrismo¹⁹.

Asimismo, esta configuración de lo que es el “ser joven”, también está marcada por imaginarios en los cuales joven es: “un hombre blanco, soltero, estudiante, que vive con sus padres”, y oculta, o no permite comprender que en esas diversidades del ser joven, también puede encontrarse la posibilidad de: ser una madre de 18 años, desempleada; o un afrodescendiente, rural, no católico. Es decir, existe un imaginario de joven idealizado o estereotipado, según sea el caso.

Acerca del análisis de los datos

Si bien, la delimitación etárea es necesaria para mantener una disciplina teórica y metodológica, es necesario matizarla en ciertos casos, temas e indicadores; no solo debido a la relevancia de los datos que se pueden encontrar al analizar la situación particular de los jóvenes dentro de este amplio margen (15 – 24 años), sino porque, entre sí, existen diferencias muchas veces radicales.

¹⁶ Ver Durston J, 1997.

¹⁷ Ver Cerbino M. y F. Cevallos. 2002. Entre otros.

¹⁸ Esta categorización ha sido trabajada por Rodríguez E. en “Actores estratégicos para el desarrollo – Políticas de Juventud para el siglo XXI”. Instituto Mexicano de la Juventud. 2001.

¹⁹ “Las generaciones adultas, insertas ya en la sociedad, portadoras de prácticas dominantes, jerárquicas y centralizadas, no crean espacios que permitan a las nuevas generaciones insertarse...” Cevallos C. Módulos de Formación para adultos. PMT. 2004. (Mimeo)

Por tanto, el estudio que propone el SIJOVEN, expondrá, cuando sea el caso²⁰, delimitaciones más amplias que oscilan entre los 12 y los 29 años; y diferenciaciones de grupos de edad al interior de los datos, los mismos que variarán (15–18 y 19–24 años), rangos que responden a características ya expresadas en relación a sus estudios, acceso al mercado laboral, inclusive gustos y expectativas diferenciadas con estos subgrupos.

Asimismo, como ya se ha comentado, el grupo de estudio juventud, no es un grupo homogéneo, ni aislado de la sociedad en su conjunto; analizar la información de la situación juvenil, implica comparaciones con otros grupos poblacionales, para así evidenciar una problemática particular versus problemáticas sociales.

Los límites de la juventud son difíciles de trazar, porque no se trata meramente de un concepto biológico –aún cuando fuera un concepto biológico sería difícil de limitar- sino sociocultural, que depende del contexto local y de las situaciones en que su uso tiene lugar.

También, un análisis responsable de la temática juvenil implica situarse en los entornos en los cuales se desarrollan los jóvenes: un entorno urbano o uno rural marca diferencias sustanciales en las condiciones de vida, asimismo lo es su permanencia en una zona o provincia versus otra. Así, estas variables serán tomadas en cuenta al momento de presentar los indicadores.

Obviamente, situaciones y condiciones sociales, económicas o culturales como su pertenencia a una clase social determinada, si es pobre o no, su género, su procedencia étnica, entre otras serán puntos transversales de análisis cuando la temática así lo demande. Es decir que, para los fines de este estudio, transversalmente se tomarán en cuenta las variables de: género, geográficas y generacionales.

Ethos juvenil: Jóvenes y su construcción en el tiempo

*La juventud retrata siempre con trazos fuertes a la sociedad global,
la cual, por su parte, no siempre gusta de verse retratada
Aranguren en Feixa*

La experiencia espacio-temporal ayuda a desarrollar un análisis adecuado de las diversas generaciones de jóvenes, ya que al relacionar lo subjetivo y lo objetivo, dentro de contextos socioeconómicos, culturales y sociales determinados, puede dar paso a la eliminación de estereotipos frente a expresiones y estilos juveniles, y contribuir a la conformación de espacios para la heterogeneidad social.

Si partimos que la definición de juventud responde a una construcción socio-cultural e histórica; las categorías de espacio y tiempo pueden ser instrumentos útiles como percepción simbólica y como práctica social para desarrollar una lectura adecuada de la interacción entre lo objetivo y lo subjetivo; para analizar la mutabilidad histórica de las culturas juveniles y su inserción en marcos institucionales más amplios; es decir, “entender” las historias de vida de las diversas generaciones de jóvenes (Feixa, 2000).

La tendencia social por catalogar a las generaciones jóvenes en cada tiempo histórico ha partido de enfoques “conceptuales” compartimentados para su estudio, o de lugares comunes, que han llevado perversamente a estigmatizar y signar sobre ellos generalizaciones sobre la base de sus roles o características particulares²¹, entonces se los llama: “estudiantes”, “hippies”, “yuppies”, “roqueros”, “raperos”, etc.; o sobre la base de la influencia del contexto socioeconómico, y se las ha llamado generaciones: “NAFTA”, “perdida”, “X”, “Y”, “del desencanto”, “del suspenso”, “@”.

²⁰ Esta delimitación se tomará en cuenta en las versiones futuras del SIJOVEN, no así en la definición de la primera versión.

²¹ Es decir, “el conjunto es posicionado en el mismo nivel que sus elementos” (Zizek), y viceversa.

Parecidos mas no iguales, los jóvenes (con una cierta complicidad de las industrias culturales), han sido generadores de “un estilo” propio -mejor dicho, “estilos” propios que configuran lo juvenil-; sus identidades e identificaciones los han hecho “víctimas” de etiquetas y estereotipos personal y colectivamente²².

Amplificar o metaforizar el dilema social, económico o político, parecería una de las características juveniles en el tiempo. Signar, calificar, incluso estereotipar y discriminar, ha sido una de las privativas de la sociedad para con los jóvenes de sus respectivas generaciones.

Lo que ocurre – diría Aguilar (1999)- es que su carácter preeminentemente visual, los hace reconocibles e identificables, incluso los lleva a ser asociados a connotaciones negativas como lo sucio o lo feo y, finalmente, trasladadas como atributos a sus portadores. En otras palabras, nos enfrentamos a la categoría sociológica de “el otro construido”, en gran parte generada desde la mirada estigmatizadora de los medios de comunicación y de la opinión pública -léase publicada-.

Ellos, los jóvenes, ante esta asignación de identidad “conflictiva” y permanentemente cuestionada, plasman sus sentidos, percepciones, concepciones y subjetividades en prácticas sociales cotidianas; las mismas que se convierten en “evidencias” que atribuyen, no una situación histórica o a unas condiciones particulares, sino a un segmento social, comportamientos antisociales, por el hecho de llevar una “pinta” o un estilo determinado.

La apariencia, por tanto, se convierte en el pretexto “perfecto” para reprimir y condenar, sin con ello caer en cuenta que lo que está pasando es que el espacio para la heterogeneidad se está cancelando y, por tanto, se produce una involución de la sociabilidad (Aguilar, *ibid*); además, la juventud encuentra en “oposición” a la sociedad adulta su característica identitaria, e incluso, por razones propias o asignadas, no encuentra las posibilidades de acoplarse a una cultura que trata, por diversos medios de hacerse cada vez más homogénea.

Sin embargo, así como “lo juvenil” es estigmatizado, este estilo también es emulado por una sociedad que valora lo joven como sinónimo de “nuevo”, dando cuenta de una cultura novofílica y adultocéntrica que busca su juvenilización. Así como hay espacios y prácticas sociales que “valoran” lo joven, otros se mantienen en la esfera adulta: es decir, en la sociedad existe una juventósfera social y una adultósfera política -diría Balardini (2001)-.

Por su lado los y las jóvenes de hoy, no como la sociedad adulta en un grado inmaduro de desarrollo sino como la sociedad futura en estado de gestación y fermentación (Castellanos, 1996), se encuentran volcados en nomádicas o errantes búsquedas de identificaciones e identidades, modelos a través de los cuales autoafirmarse y que les sirvan para ser reconocidos y reconocidas²³.

Al hombre del pasado, encarado con el futuro, le correspondía la disciplina como valor esencial para prepararse; a los jóvenes de la época postindustrial, enfrentados al presente, les interesa desarrollar la capacidad de disfrute de los beneficios que esa época de apogeo dejó²⁴; sin embargo, llegó también la época del postajuste y la posmoderna, donde caen muros y torres, y aparece la sensación de no futuro, con ese frío en el clima y en la esperanza, donde la única certeza es la incertidumbre (Cevallos F., 2001).

Todas estas situaciones y condiciones, extrínsecas e intrínsecas, son las que configuran los sentidos, percepciones, concepciones y subjetividades²⁵ que se plasman en prácticas sociales cotidianas de los y las jóvenes, marcadas por un proceso de experimentación y redefinición de sus entornos.

²² El estereotipo reduce, esencializa, naturaliza y fija la “diferencia”; constituye una estrategia de separación-división tendiente a dividir lo normal y lo aceptable de lo anormal e inaceptable, es excluir o expeler todo lo que no calza, que es diferente, enviándolo a un exilio simbólico porque es intolerable (Hall, 1997).

²³ Todo ello debido a una sociedad que no los reconoce o los desconoce, y en un escenario de ausencia de futuro y de un presente de imposibilidades.

²⁴ Para profundizar, ver Carandell, J. M., (1974). Ver también Cevallos F. (2001)

²⁵ Respecto a las subjetividades juveniles y los procesos identificatorios nos referiremos en los siguientes títulos.

“...cada vez que quieras disfrazar,
todos esos disfraces abrirán tu piel...”

“Transformación” Serú Girán

La estética juvenil no solo es un reflejo de la influencia de las industrias culturales y las redes de consumo; son también de sus éticas; reflejan sus procesos de semantización, resignificación y apropiación de su presencia subjetiva en el mundo, que rigen sus vidas y ordenan las prácticas sociales. La estética no solamente es principio del conocimiento, sino también del placer; no solo contribuye al análisis de sus estilos de vida, sino que -en tanto- reflejo de sus imágenes, imaginarios e imaginaciones, constituyen el capital simbólico que visibiliza y proyecta, que constantemente se desgasta y se renueva.

Los jóvenes son portadores de un capital²⁷ propio; sus estilos de vida, sus estéticas dan cuenta de un capital simbólico que producen constantemente a través del lenguaje y de sus gramáticas de vida; no solo como vehículo sino como constructor de realidades, el reconocimiento de dicho capital simbólico permitirá la construcción de nuevos imaginarios sociales que medien la conflictividad con la otredad y mejoren la convivencia social.

Jóvenes con cabellos largos, rastas, o pintado de azul, violeta o rojo; camisetas negras con estampados de sus grupos musicales favoritos, con el sello del “Chapulín”, con el rostro del “Che”, del robot “Bender” o de “Bob Esponja”. Jóvenes con sus rostros pintados y accesorios como “spikes” o cinturones; con sus tatuajes, collares y demás aditamentos, son quienes ocupan las plazas públicas, asisten a conciertos, caminan por las calles; es decir, habitan y conviven en nuestras ciudades y los diferentes entornos sociales.

Una estética particular representa una experiencia significativa que relaciona, visibiliza y proyecta; que, cuando ésta se desgasta, se renueva. Su ropa y accesorios constituyen extensiones culturales que ayudan a la tarea de regir la vida y ordenar las prácticas sociales (Rico Bovio, 1998), y van configurando lo que se ha dado a conocer como culturas juveniles²⁸.

“Mafalda” –personaje de la tira cómica de Quino- diría: ellos ¡no son el acabose, son el continuose de su empezose!, dirigiéndose a unos “viejos” que criticaban a unos “jóvenes”. Los jóvenes, en sus territorios materiales y simbólicos, construyen socio-culturalmente sus propias características en tiempo y espacio, lo cual no significa que sus intereses disten –en estricto sentido- de los intereses de la sociedad; en otras palabras, “referir los intereses a una edad específica representa una manipulación” (Bourdieu, 1994).

El cuerpo en tanto realidad polivaluable²⁹, es lo único que les pertenece; a través de su piel se comunican. Su ropa y accesorios mientras más cercanas al cuerpo, es más íntimo su sentido de propiedad, y lo que está en juego es su referente-mundo: el vestido, por ejemplo, no tiene como destino exclusivo cubrir la desnudez sino dar una forma particular de su presencia subjetiva en el mundo; es uno de los elementos de identidad, no solo desde una perspectiva de género, sino, sobre todo, desde la relación que se establece con los otros (Tenorio 1999).

Igual podríamos decir de otros elementos característicos como el lenguaje, los tatuajes, el cabello, la música o accesorios como aretes o pulseras; éstos “se han convertido en un emblema que opera como identificación entre los iguales y como diferenciación frente a los otros” (Reguillo, 2000a)³⁰.

²⁶ Ver también “malos, vagos y locos. Un acercamiento cultural a los jóvenes”. PMT. Plan Internacional. 2004.

²⁷ A partir de las concepciones económicas –marxistas-, el capital podría entenderse como una forma de posesión de algo que se pone en juego frente a la existencia de los otros.

²⁸ Cabe destacar que el “fenómeno” de las culturas juveniles es una temática particularmente urbana; sin con ello decir que no exista tales representaciones en lo rural, pese a su dinámica propia, es cada vez más evidente el mundo globalizado que vivimos, que ha desvanecido ciertas fronteras o límites estrictos.

²⁹ Para profundizar este tema ver Rico Bovio (1998).

³⁰ La misma autora ha tematizado estas características en términos de “socioestética”. Ver Reguillo (2000a).

La estética, por tanto, es un reflejo de la ética particular; allí está su valor. Entender detrás de sus múltiples *formas de ser y estar en el mundo*, valores, percepciones, imaginarios e imaginaciones hacia dentro y hacia fuera: como forma de presentación ante los otros y como constitutivo identitario con todas sus implicaciones.

Es que somos seres imagógicos -diría Tenorio (1999)-, pues se trata de “lugares”, formas y ámbitos simbólicos y estructurales, alrededor de los cuales juegan imaginarios sociales y juveniles, así como se convierten en formas de socialización concretas; a más de ser una realidad tangible, reflejan realidades imaginarias y simbólicas que le proveen de significación en una experiencia subjetiva que adquiere sentido social.

Las estéticas juveniles forman parte de una cotidianidad cada vez más cosmopolita y globalizada. La influencia de las industrias culturales³¹, medios de comunicación³² y redes de consumo, como “promotoras y transformadoras de sentidos” y “dadoras de mentalidades neoconservadoras”, constituyen una variable importante ante el intenso flujo entre experiencia personal y mediática. Promueven, transforman, diseñan, facilitan y configuran cierto tipo de percepciones, de aparatos y lógicas cognitivas de prácticas, sentidos y sensibilidades; su uso social implica percibir de determinada manera y, por tanto, influyen en las formas de presentarse al mundo³³.

Las diferenciaciones sociales (re)aparecen, se materializan, se (re)afirman y profundizan cuando el mercado ya no es sólo un mercado de bienes y servicios, sino incursiona en los procesos de identificación-diferenciación, de imágenes e imaginarios de “*status*”, “felicidades”, “confort” y “bienestar”; de consumos y satisfactores “básicos” y “exclusivos” para jóvenes, e inclusive -como diría Galeano (1998)-, constituyen “invitaciones al delito”.

Es a través de modas y productos que aparecen y desaparecen con la misma rapidez de una sociedad de consumo que comparte valores, símbolos, memorias y futuros, que buscan placeres inmediatos y pasajeros para “relajarse y disfrutar”; lo cual lleva, a estas nuevas generaciones, no solo a ser catalogados como *hijos de la crisis*, sino también, *hijos de la propaganda*.

Sin embargo, el valor de la moda está dado por el sentido de cercanía con las expectativas y sueños (Tenorio, *ibid*); es allí como los jóvenes en muchos casos, no son simples reproductores y “consumidores” de formas “sin fondo”, sino que a la par de relacionarlos con las subjetividades del gusto, los acompañan de ideas e ideologías propias; de manera que no son los productos los que les interesan, sino los que los fabrican ellos mismos, o la diferenciación, identidad o reconocimiento que pueden lograr con aquellos consumos³⁴. Es decir, los consumos se han constituido en generadores de las relaciones contemporáneas, en insumos que construyen cultura, y en procesos de jeraquización, relación, revalorización, diferenciación.

No solo revierten el sentido del consumo, sino que alrededor de los gustos y estéticas están asociadas ideas y pensamientos cargados de significados y significantes, incluso políticos. Sin duda alguna, mucha de la movida juvenil de hoy enarbola desde discursos de la izquierda o del enfrentamiento al poder, critican procesos históricos como el nazismo, la guerra, la globalización y a ciertos países con nombre y apellido; temas como la protección del medio ambiente o los derechos humanos, incluso el anarquismo, son reivindicados. Basta ver sus camisetas, sus tatuajes, sus parches; oír sus canciones o conversar con ellos.

Los jóvenes poseen una capacidad para (re)significar y explayar una particular dimensión simbólica del cuerpo, la palabra y las formas; usan códigos, símbolos, gustos y consumos culturales como elementos reales y experiencias imaginarias que no soportan procesos de

³¹ Para este análisis resultaría interesante contextualizar en los elementos por medio de los cuales “la cultura” toma forma de industria, ya que ello tiene una relación histórica con los hechos actuales por los cuales los jóvenes y la sociedad transitan.

³² Los jóvenes hombres y mujeres son un segmento importante del mercado. Un alto porcentaje de publicidad que circula en el país está dedicado a los adolescentes y jóvenes; asimismo programas destinados a jóvenes copan sus tardes, con temáticas alrededor de la música, concursos y novelas.

³³ Acerca de estos temas ver Cruzvillegas (1998); Aguilar (1999); Fajardo (2001).

³⁴ Para profundizar, también ver Cevallos F. (2001 y 2003); Cerbino M. y F. Cevallos (2002).

codificación definitorios, pero resultan claves para entender en el sentido de su poética no solamente el principio del conocimiento, sino también del placer.

El escenario social

“la juventud se da donde se dan los afectos... temblamos de frío y de odio, y somos lo mismo que todos temen”

Foro Nacional de la Juventud

Pensar las instituciones y su accionar respecto a los jóvenes implica reconocer que un discurso social –esquizofrénico y estereotipado- en trono a los jóvenes se hace efectivo al momento de condenar, reprimir y juzgar un estilo y unas prácticas que son también reflejo de la fragmentación de la misma sociedad y sus instituciones.

Ya no hay análisis social que pueda prescindir de los individuos, ni análisis de los individuos que pueda ignorar los espacios por donde ellos transitan (Augé, *ibid*). Espacios, lugares y “no lugares”³⁵ donde se gestan las identidades, se desenvuelven relaciones, y se evocan historias.

Es decir, existe un escenario social con una serie de espacios materiales, así como de espacios imaginarios y simbólicos, en los cuales los jóvenes se desarrollan cotidianamente. Espacios que, asociados a la sociedad y sus instituciones, marcan, delimitan, prohíben o reconocen el accionar juvenil. Espacios públicos o semi-públicos³⁶, calles, plazas, centros comerciales, e instituciones sociales como la familia, el colegio, la policía, los medios, entre otros. Espacios que rebasaron fronteras y límites específicos y se han desbordado a lo virtual, lo emocional, lo sensible.

Es a través de estos espacios donde la sociedad gesta sus relaciones; de allí que analizar la relación entre las instituciones sociales con los jóvenes, es un punto de partida importante para analizar el escenario en el cual los jóvenes se desarrollan cotidianamente. Más aún, habría que diferenciar que cada espacio o lugar remite y posibilita prácticas diferenciadas; así, el marco investigativo debería reflexionar en un juego contrapuesto, aquello que posibilita la calle versus la familia, la escuela versus el trabajo, la plaza versus el centro comercial, y tantas oposiciones pueda ocurrírseles, no para encontrar respuestas valóricas o morales frente a los “buenos” espacios versus los “malos” espacios, sino para discernir el juego imaginario que cada espacio remite a cada actor en particular.

El Estado y la sociedad en su conjunto interpelan constantemente el comportamiento y el accionar juvenil. No desde un lugar común, sino desde resultados investigativos, más allá de las escenas, encontraremos razones de “confrontación”, “rebeldía” y “descontento” que tiene que ver con la fragmentación e inestabilidad de los mecanismos de integración tradicional (Reguillo), los espacios sociales de ilusión y futuro (Aguilar), o las instituciones disciplinarias como mecanismos de inclusión / exclusión (Negri), sean éstas la familia, los partidos, los gobiernos, las instituciones públicas y privadas. Y es, precisamente, a través de estos mecanismos e instituciones que dicha interpelación deja de ser un discurso, y se efectiviza en acciones particulares.

Es en los intersticios de las relaciones sociales donde surgen los principios de la afirmación y la demostración. El sentido, en tanto apropiación y subjetividad que (actualmente) piensa en sí misma y no por sí misma (Fajardo, *ibid*), atrapa las relaciones de la sociedad y las de los jóvenes, en elementos imaginario-simbólicos de identidad / alteridad, y lleva, en muchos casos (juveniles), a la apropiación incluso violenta de los espacios públicos; quizá como único lugar del que se puede ser propietario y que brinde una adscripción identitaria³⁷; o “como un proceso de ‘conquista’ de espacios urbanos que se expresa en una lucha por la autonomía de la vida cotidiana” (Feixa, *ibid*).

³⁵ Para profundizar este tema ver Augé (1996).

³⁶ Con este término nos queremos remitir a aquellos espacios que, considerados públicos, fijan normas de acceso, comportamientos particulares o son accesibles para unos e inaccesibles para otros por distintas razones económicas, sociales o culturales.

³⁷ Ver también Cevallos F. (2003) y otros trabajos del autor.

Para la sociedad, por tanto, la preocupación surge ante la irrupción o invasión juvenil del espacio común (público para unos, privado para otros); preocupación y alarmismo social que configura negaciones especialmente a sus colectivos de socialización, ya que es a través de ellos como los jóvenes se presentan.

Parsons, desde su teoría estructural funcionalista, cree que los grupos de pares son lugares para continuar el activismo y el logro, para demostrar aptitud para la independencia y la cooperación, pero también son serias fuentes de retiro o desvío respecto del “rol de adulto moderno”, ya que permiten que los jóvenes hagan todo aquello de lo cual la escuela o la familia trata de apartarlos mediante la socialización. Es decir, que estos grupos -según el mismo Parsons-, una vez que ha fracasado la internalización de normas y valores, representan un refugio y amenazan el funcionamiento de la sociedad ya que constituyen una fuente inevitable de “tentación” en las sociedades modernas e invierten las prioridades de valor de sus miembros.

Aunque se puede o no compartir estos criterios, los aportes más importantes de esta teoría es la directa relación entre los jóvenes y los roles, valores y normas que la sociedad les impone, así como con los espacios de socialización y los mecanismos de control social. El reto, en este caso, es “desarrollar una mirada que trata de no perder al sujeto juvenil, sino que busca entenderlo en sus múltiples ‘papeles’ e interacciones sociales” (Reguillo, 2000a), en sus “modos de estar juntos” (Barbero).

La modernidad, que durante siglos ha tratado de ordenarlo todo en torno a la racionalidad, ha llevado a la sociedad hacia la reducción de los márgenes de tolerancia y de la heterogeneidad social, y revela su tendencia al control cotidiano de espacios y actividades de ciertos grupos, y desconoce espacios ocupados por otros (Aguilar, *ibid*). De allí que se enfrente y atribuya expiatoriamente a la juventud y sus colectivos, sentidos, subjetividades y comportamientos particulares que caen en el estereotipo, la estigmatización y el prejuicio. Se cree que ellos, los y las jóvenes, buscan “ponernos en aprietos” e irrumpir en los espacios públicos con sus fachas, estruendosos ritmos musicales; éticas y estéticas que, consideradas molestias sociales³⁸, son estereotipadas, condenadas, reprimidas, por parte de una sociedad adulta.

Es que hay un temor al espacio público –diría Castells (2001)-, ya que “no es un espacio protector ni protegido.” Mientras algunos espacios públicos y semipúblicos, a pesar de su fachada abierta, se rigen por normas particulares de acceso y uso que marcan las diferencias sociales, además de ubicar a los jóvenes bajo el control de las miradas adultas; otros espacios se gestan desde ellos y les permite vivir bajo la ilusión de una “sociedad sin reglas”.

Tanto unos como otros, con los “cómplices” ofrecimientos del mercado, “anuncian la emergencia de nuevos valores y abre puertas a una red lúdica juvenil que los mayores empiezan a no poder controlar” (Feixa, 2000). Ante la constante afirmación de que en los jóvenes se están perdiendo los valores, se argumenta de que se trata de una “preocupación de corte moralista, incapaz de comprender, de dar cuenta de la *transformación* que los valores están atravesando”; y que, “en todo caso *donde se están acabando* los valores no es entre los jóvenes, ellos están haciendo visible lo que desde hace tiempo se ha venido pudriendo en la familia, en la escuela y la política”³⁹ (Martín Barbero, 1998. *Cursiva en el texto*).

Los espacios e instituciones de control social, legitiman una determinada concepción moral o racional de los usos y las costumbres, ejercidas a través de prácticas sociales de orden, disciplina y control que se convierten en exclusión, marginación y discriminación; compromisos enfermizos que la sociedad asume en contra de sí misma y de lo que aspira (Cevallos F. y C. Cevallos 1999).

Esta configuración de las relaciones sociales, son las que tornan impracticables sentidos mínimos de “armonía” entre la institucionalidad y los diferentes actores. De esta (des)armonía, no

³⁸ “No son actividades delictivas ni criminales, pero sí perturban la convivencia - escuchar música a alto volumen, jugar en la calle hasta altas horas de la noche, o simplemente ‘vacilar’ en grupo o crear temores en los vecinos” (Santacruz y Concha Eastman, 2001).

³⁹ Aquello es más evidente en el hecho que, ante un aparente vacío de valores, el mercado cope, llene y transfiera en dicho espacio vacío su oferta imaginaria. Lo cual, no solo es aplicable para el caso de los jóvenes, sino de la sociedad en su conjunto.

sólo con las instituciones, sino entre actores, da cuenta particulares formas y ritos de estar y habitar el espacio común, y suponen una imagen de “los otros” usuarios que, según lo afirma Aguilar (ibid), al exceder unilateralmente estos espacios, se vuelven irreconocibles e imprevisibles y aparecen los ritos de negación del contacto.

Las instituciones sociales (políticas, públicas, económicas, otras) básicas para la socialización, se hallan en serios cuestionamientos; un sentimiento de incredulidad y desconfianza rondan alrededor de ellas; fragmentación y agotamiento que depende también de su escasa o nula capacidad de inserción/incorporación, por un lado un mercado laboral que no puede absorber año tras año a este nuevo contingente los trabajadores “jóvenes”; unos servicios sociales, la escuela, por ejemplo (hablamos de los estudios en general), expulsora sea por sus metodologías, su calidad, incluso sus costos; o por una familia contradictoria, maltratante, desintegrada.

Precisamente estos mecanismos de integración e incorporación social se hallan en debate, pues, son los jóvenes, con sus éticas y estéticas, quienes cuestionan dichos mecanismos, poniendo además en el debate social la relación con la otredad, las identidades, la convivencia social, por un lado, y por otro, la relación y capacidad de negociación con las instituciones.

Es por esta vía que surge la pregunta de cómo las instituciones sociales y su accionar, aportan al reconocimiento de unas formas particulares de los jóvenes, y en la construcción de su identidad; de cómo entienden y responden efectivamente a sus necesidades y demandas. Y no solo hasta allí, no es suficiente cuestionar el accionar institucional, sino que es necesario preguntarse por aquello que las instituciones han dejado de hacer a favor de los y las jóvenes.

Los territorios emocionales

*“Para la tribu el territorio propio tiene sentido
mientras subsista el misterio de aquello
que permanece sin recorrer...”*

M. Hopenhayn

Pensar el espacio, significa aprehenderlo de nuevo; encontrar que ya no existe solamente una delimitación física, sino que, en este caso, los jóvenes los han “desbordado”. Sentir la realidad y percibirla diferente es necesario para entender una serie de espacios, territorios, comunidades y geografías emocionales, imaginarias y simbólicas que se ponen en juego cuando los jóvenes gestan sus identidades, relaciones y comportamientos entre sí, con las instituciones sociales o en el espacio público.

Se propugna como hipótesis que la emergencia de la juventud como sujeto social se expresa en un proceso de redefinición de la ciudad en el espacio y en el tiempo, y se concreta en la aparición de una serie de universos espacio-temporales específicos para ellos (Feixa, Ibíd.), como por ejemplo zonas de discotecas, miradores u otros que concitan la movida juvenil a determinadas horas.

Un lugar como la calle se vuelve un espacio al momento de que en ella se gestan relaciones entre sus caminantes; es decir, “el espacio es un lugar practicado” (Augé, ibid). Es como si el espacio estuviera atrapado por el tiempo –diría el mismo autor-; un tiempo remitido a un recorrido particular de quien lo menciona.

Para el caso de los jóvenes, y más aún si nos remitimos a grandes territorios y urbes⁴⁰, estos espacios no se encuentran delimitados geográficamente. Por ejemplo, la otrora “jorga del barrio” es ahora llamada “pandilla”, la misma que en su composición no se remite a participantes de una

⁴⁰ Si bien, el ejemplo puede entenderse como un hecho netamente urbano y más aún de las grandes ciudades, en estos tiempos, el fenómeno globalizador, las migraciones y otros tantos factores, hacen que los territorios en los que un sujeto se desarrolla sean cada vez más extensos.

zona específica, al contrario integra jóvenes de diferentes barrios, zonas e incluso diferente estatus social. Más aún, el apareamiento de las *naciones*⁴¹, nos remiten a una pertenencia colectiva que rebasa fronteras de país.

De allí que no solo es posible, sino imprescindible, ampliar las fronteras del análisis para encontrar que los y las jóvenes han marcado, a través de lo sensible, nuevos territorios. Sus grupos de pares se han convertido en comunidades emocionales⁴²; su geografía y territorios son también emocionales. Transitan del colegio a la casa de su novia o novio; del centro comercial a su casa; de la discoteca o concierto, a su lugar de trabajo; de la universidad a la ciudad de donde proceden (para el caso de los jóvenes que migran a las grandes ciudades a cursar sus estudios); transitan –decíamos- en una red urbana que está más allá de límites físicos determinados.

Ciertos lugares no existen⁴³ sino por las palabras que evocan; los espacios que ellos nos remiten, son los espacios que les brindan una identidad, unas relaciones y una historia; pues nos referimos a aquellos espacios y entornos (reales, virtuales o simbólicos); zonas particulares en tiempos específicos; o lugares de paso y/o permanencia adscritos emocionalmente en la cotidianidad del o la joven.

Cada lugar y espacio provoca un aprendizaje o un des-aprendizaje, es decir: desaprender del uso de *el otro* para apropiarse *mi* uso. En otras palabras, lo que ocurre con distintos espacios podríamos entenderlo con los conceptos de “valor de uso” y “valor de cambio”, ya que existen espacios en que su uso social es “efectivo” –se lo usa en función de la razón “por la que fue creado”-, versus un uso en función de la “permanencia” –por lo que su uso genera y provoca-⁴⁴.

De allí que emprender una tarea investigativa para “descubrir” en el imaginario-simbólico juvenil cuál es el lugar de la libertad, el espacio del aprendizaje, el sitio de socialización, el momento de la palabra, el punto de la diversión, podrá ayudar al entendimiento de los usos del espacio por parte de los jóvenes.

Identidad y subjetividad

“La ambigüedad no como indecisión, sino como decisión de no querer perderse nada”

M. Hopenhayn

La identidad juvenil constituye un elemento central para analizar no solo sus modos subjetivos de presencia en el mundo; sino que marca la pauta de sus relaciones, entre sí y con la sociedad. Analizar responsablemente el ámbito de las identidades y las identificaciones provocarán simultáneamente entender parte de fenómenos sociales como la violencia, el consumo, la competencia o la socialización.

Reiteradamente hemos puntualizado la negativa de generalizar un concepto de juventud⁴⁵; quizá por aquella disyuntiva mediante la cual “el particular es siempre insuficiente o excesivo, o

⁴¹ Las “naciones” son una forma organizativa más amplia que las llamadas pandillas, ya que estas se remiten a un contexto internacional, en el que todos sus miembros, al margen del país en el que se encuentren, usan los mismos códigos y las mismas reglas. Los *Latin King*, por ejemplo, es una organización que se estableció en Centroamérica y Estados Unidos, y actualmente tienen sus ramificaciones en países diversos, entre ellos Ecuador.

⁴² Para profundizar este tema ver Cerbino M. y F. Cevallos (2002).

⁴³ Augé (1996) hace un amplio análisis de los lugares y los no lugares que, salvo algunas diferencias, podrían remitirnos al término de territorios emocionales usado en este análisis.

⁴⁴ Mientras un centro comercial para unos actores es un lugar para “comprar” (este sería su valor de uso), para muchos jóvenes este mismo espacio se convierte en un lugar para “exhibirse”, “socializar”, etc. (este sería su valor de cambio) y no necesariamente comprar. Es decir, el accionar juvenil, su permanencia o uso efectivo de cada espacio, dista, muchas veces, del uso que la sociedad genera en los mismos espacios.

⁴⁵ Incluso podríamos ser más estrictos en esta aseveración bajo la posición de que “el sujeto no tiene ningún significante ‘propio’ que lo represente ‘plenamente’” (Zizek).

ambas cosas, con relación a su universal: es excesivo, puesto que el universal, en cuanto es 'abstracto', no puede incluirlo; insuficiente, porque nunca hay bastante del particular para 'llenar' el marco universal" (Zizek, 1998).

Sin embargo, sí hemos establecido tendencias; hemos argumentado que el quehacer juvenil es cambiante, se enfrenta a una constante búsqueda y alternabilidad de concepciones, identificaciones y motivaciones; y que, junto a ello, surgen una serie de imaginarios sociales con los cuales se afirma su presencia en el mundo.

Aquí bien vale destacar la diferencia existente entre identidades e identificaciones; diferencia que puede ser muy fina, pero necesaria para entender cuánto de sus estéticas pueden ser consideradas una identificación y cuánto una identidad propiamente dicha; o cuánto de la estética se debe a una influencia del momento y cuánto se convertirá en un estilo de vida. Es decir, podemos entender a las identificaciones como mutables en el tiempo, identificaciones que bien podrían convertirse en rasgos de su identidad que se mantenga más allá de un momento y una situación⁴⁶.

Muchas veces estigmatizada y estereotipada, la *presencia*, el *estilo*, sus *modas*, muchas veces *incomoda* a unos, y *acomoda* a otros; permite a los jóvenes "transformar el estigma en emblema y hacer operar con signo contrario las calificaciones negativas que les son imputadas (Reguillo R., 2001a); o simplemente, a través de aquellas críticas, la sociedad está, sin saberlo, consolidando su identidad; pues hace operar lo que hacen los demás de mí, y lo que hago yo con lo que los demás hicieron de mí (Sartre). Por tanto, la constitución de identidades – particulares o colectivas- no es un proceso aislado, sino que se afirma en su *oposición con el otro*; es decir, la presencia del otro resignifica nuestra presencia en el mundo (Lieberman, *ibid*).

Si bien, es posible referirnos a ciertas diferenciaciones entre los jóvenes y los adultos, el proceso de diferenciación puede complicarse aún más cuando entre sí, los jóvenes, se pregunten a sí mismos quienes son los "verdaderos" jóvenes. Aunque pareciera una cuestión semántica, que lo es, tiene sus connotaciones prácticas en las relaciones sociales.

En el espacio social se enfrenta un juego imaginario de producir la diferencia; diferencia que marca su presencia no solamente en un proceso hacia fuera de los jóvenes (para con la sociedad), sino entre sí y sus colectivos.

Identificarse entre sí y diferenciarse de los otros es un proceso imaginario-simbólico que trae consigo cierto tipo de conflictividades de alteridad y competencia. La afirmación de una determinada identidad provoca un doble juego: por un lado, "el opuesto de un término, de su 'presencia', no es inmediatamente el otro término, sino la 'ausencia' del primero"⁴⁷, y por tanto es *necesaria* la *anulación* física o simbólica del otro; y, por otro lado, este mismo juego de oposiciones conlleva procesos de emulación, pues "la otredad existe pero ya no como potencial para la realización ética, sino como valor de cambio" (Lyotard).

Para el caso de los jóvenes, la marca, la pinta, entre otros, constituye elementos en debate; éstos provocan las miradas entre sí. Ser vistos o no constituye un elemento sustancial al analizar

⁴⁶ Para jóvenes de generaciones anteriores, de los 90 por ejemplo, el cabello largo constituía un rasgo característico en muchos de ellos; muchos de esos jóvenes, al margen de sus gustos musicales, de sus trabajos actuales o de sus estudios, aún mantienen el cabello largo; en estos casos podríamos entender esta "estética" como un rasgo de identidad, no solo como una identificación. Aquí también valdría la diferenciación que hacen algunos autores acerca de la diferencia entre *Estilos de Vida* y *Formas de Vida*. Diferenciándose básicamente entre la elección de consumo que connota un estilo determinado versus una formas que permanecen al margen de los variados estilos. Ver "Por una ética del consumo". Cortina A. 2002.

⁴⁷ Un significante llena la ausencia de su opuesto, es decir, "representa", ocupa el espacio del opuesto. Es decir que no es nunca el complemento directo de su opuesto, sino que siempre representa (encarna) su posible ausencia. Tanto la frase entre comillas, como esta cita corresponde a textos de Marc Augé (*ibid*) (comillas en el texto).

las relaciones sociales y, en particular, hacia los jóvenes y entre ellos⁴⁸; constitutivos de su identidad y su presencia.

En tiempos en que el “nosotros” y los “otros” han aparecido como opuestos, contrastado con el reconocimiento discursivo de la diversidad, que muchas veces no se concreta en prácticas efectivas, debemos reconocer que correlacionado con los procesos de construcción identitaria, existen procesos de conflictividad entre los jóvenes y sus colectivos. Sin embargo, con ellos ocurre lo mismo que ocurre entre la sociedad y los jóvenes; pues, habitar la otredad no es tarea fácil, ya que es un juego de espejos que torna “imposible” el diálogo debido a las descalificaciones mutuas entre actores⁴⁹.

Habermas –en su libro ‘La inclusión del otro’- indica que los límites de una comunidad (moral) están abiertos para todos, y precisamente también para aquellos que son extraños para los otros y quieren continuar siendo extraños⁵⁰. Pese a ello, el resultado de las relaciones sociales dan cuenta de un abultamiento de la imaginización de las relaciones sociales en un simple “ver” a los “otros” como sujetos de veneración, de identificación y fascinación “absoluta” o como enemigos a los cuales aniquilar (Cerbino M. y F. Cevallos, 2002). Esto es lo que se ha dado a conocer como “déficit simbólico” en las relaciones sociales; tanto por la ausencia del sentido que la construcción del “otro” suscita en el sujeto su duda reflexiva, así como por la fracturación existente entre grupos de interés e identidades particulares, que no logran comprender a fondo la “dependencia mutua” que se establece en la dinámica identidad-alteridad⁵¹;

Las subjetividades juveniles, sus identificaciones, su “socioestética”, dan cuenta de ideas, pensamientos, ideologías, formas concretas y nuevos sentidos de politicidad (no tradicionales) que responden a un momento histórico concreto, y se concretan, no solo en sus prácticas cotidianas individuales, sino que constituyen los elementos cohesionantes para sus colectivos y organizaciones.

¿Cuánto de la estética juvenil refleja una ética, unos valores, unos pensamientos o una ideología? ¿Cuánto podemos entender detrás de sus estéticas, de su “malestar” frente a las instituciones y a la sociedad, de su rebeldía o su apatía?, son solo algunas preguntas para entender lo que su “presencia” nos dice, de sus “nuevas” formas de participación, y de cómo se remiten a un uso del cuerpo como forma de politicidad⁵² desde lo cotidiano.

Jóvenes “apocalípticos e integrados”, “interactivos y desconectados”, “desalentados” “desconcertados”, “inconformes” o “rebeldes” – claro, su realidad particular no es razón para no estarlo-, enfrentan un cambio de dirección que sitúa a un joven menos pendiente del futuro que las generaciones anteriores, debido al cambio constante y por vías insospechables, o ante los problemas que vive a diario, se han vuelto mas “adictos al presente”; sus utopías no son más o menos lejanas, sino para ahora mismo (Cevallos F., 2001).

La consigna “no hay futuro”, que ha operado como bandera interclasista entre los jóvenes, parece estar cambiando por la de “no habrá futuro” (Reguillo, 2000b). Por tanto, no solo dejan de

⁴⁸ Su estética, sus estilos, sus acciones tiene relación directa con la mirada. No solo con la mirada estigmatizadora de la sociedad hacia los jóvenes, sino que entre ellos, “ser vistos” o “invisibles”, constituye un elemento de presencia o ausencia entre pares. Un análisis más profundo de este tema y de los elementos imaginarios y simbólicos de identificación-diferenciación, que conllevan procesos de conflictividad entre jóvenes, podemos encontrarlo en uno de los últimos textos investigativos: *Imágenes e imaginarios de la conflictividad juvenil y sus organizaciones pandilleras* (Cerbino M. y F. Cevallos. 2002).

⁴⁹ Para algunos investigadores los momentos descriptivos e interpretativos, o los acercamientos de tipo *etic* y *emic* han tornado “imposible un diálogo epistémico entre perspectivas... que se convierten fácilmente en un forcejeo inútil entre posiciones” (Reguillo, 2000b)

⁵⁰ “El igual respeto de *cada* cual no comprende al similar, sino que abarca a la persona del otro o de los otros en su alteridad”. Es decir, nos refiere a una solidaridad donde el “nosotros” es más flexible cuando se da en “una comunidad que se opone a lo sustancial y que amplía cada vez más sus porosos límites. Esta comunidad moral se constituye tan solo sobre la base de la idea negativa de la eliminación de la discriminación y del sufrimiento, así como de la incorporación de lo marginado y del marginado en una consideración recíproca” (Habermas, 1999).

⁵¹ Ver también Laclau (1996), Habermas (1999), entre otros.

⁵² Sobre el tema ver Cerbino M. y F. Cevallos (2002); Negri y Hardt (2001); Reguillo (2000a); con ciertas diferencias hablan de la noción de biopolítica, siempre basados en Foucault.

reconocer “prórrogas de goce”, sino que quieren todo y de inmediato; esta “ética del instante” -así lo llamaría Maffesoli (2001)-, esta globalización de tensiones, pobreza y anarquía, provoca no solo correr el riesgo de morir de hambre, ni siquiera de morir de amor; igual de mortal es el aburrimiento, es decir, “es necesario que hubiera algo antes que nada”. Viven el momento como si fuera el último de sus vidas, y lo viven con intensidad, con vértigo. “O eres un re-cuerdo, o eres un re-loco”, decía un graffiti argentino.

Es así como se configuran las subjetividades juveniles; transitan entre el vértigo y el riesgo; de la soledad a la emoción; de la muerte como incertidumbre y riesgo, al inmediatez y la ausencia de futuro. Soledad, sea por la exclusión o autoexclusión de los espacios sociales; por la reducción del espacio común hasta el ámbito privado -mediatizado especialmente por las industrias culturales e incluso por la economía-; o -soledad- que causada por los “ritos de negación del contacto” o por la “imposibilidad de habitar la otredad”, provoca sentidos de vacío y aislamiento; soledad que Fajardo (2001) caracteriza no como la soledad rilkeana generadora de creatividad, sino la soledad aburrida, abrumadora, desgastante, anuladora, del hombre del rincón, solitario pero globalizado.

Vivir como venga y morir de una. La vida y la muerte en los jóvenes forman parte de sus entornos cotidianos; pues, “ante una vida sin emoción, no se puede perdonar una muerte sin emoción”, ya que “la muerte tiene el extraño poder de suscitar el frenesí de la vida” (Maffesoli, 2000). “Si de nada sirve vivir, buscas algo porqué morir”, dice Fito Páez en una de sus canciones. Nuestros jóvenes viven una sociedad en la que “no existe paz”, “no hay esperanza”, “no hay futuro”, donde “el infierno es lo que vivimos aquí...”⁵³. No habla sólo del “infierno son los otros” que promulgaba Sartre, sino del “infierno artificial en sí mismo” como diría Fajardo.

Es decir, también se halla en juego para los jóvenes, y que muchas veces no está tan claro, la construcción de su propio proyecto de vida, el mismo que debe estar dotado de horizontes de destino. Es decir, situaciones de discriminación, marginalidad, pobreza, exclusión y autoexclusión en tantos aspectos e instituciones, no les ha permitido (o no se han permitido) construirlos.

No solo como producto de la tensión entre la escuela, el trabajo y la familia, los grupos de pares⁵⁴, llámense estos: organizaciones, clubes, pandillas, etc., son formas de socialización y, como tales, buscarán tanto espacio público les permita para ello. Allí procurarán formas y espacios que los acoja “sin problemas ni condiciones”, como “refugio” alternativo al familiar o escolar. Allí sus integrantes ponen las reglas, conversan de lo que en otros espacios es menospreciado o no valorado. Allí comparten problemas similares, los aquejan males similares y los alegran horizontes comunes; su cosmovisión es parecida, sus formas de ser y estar confluyen en un espacio compartido de ideas, prácticas, pensamientos, saberes que les sirven para relacionarse con la sociedad.

Ciudadanía y colectivos juveniles

La ciudadanía es un proceso complejo de prácticas y valores de los ciudadanos, así como de acciones institucionales y de Estado, para la garantía (o violación) de derechos individuales o colectivos; sin embargo, el reconocimiento de los jóvenes como sujetos de derechos, lleva consigo eliminar la invisibilidad de éstos y encontrar las luces para su desarrollo.

Los jóvenes han heredado un país en crisis; han heredado la democracia, una democracia de pocos derechos y ningún deber a la que no están llamados a decidir en ella, pero sí a sostenerla (Cevallos F. y C. Cevallos, 2000). Para varias instituciones sociales como los partidos políticos, o el mismo Estado en su conjunto, la juventud ha sido mirada como sujeto social emergente⁵⁵; sin

⁵³ Estas citas corresponde a narraciones de jóvenes, recogidas a lo largo del trabajo etnográfico para diversas investigaciones realizadas por el autor de este marco conceptual.

⁵⁴ Los grupos de pares podrían entenderse como comunidades emocionales (morales dirían algunos autores), en donde se genera una solidaridad por “hacerse responsable del otro *como uno de nosotros*”

⁵⁵ Esta es una hipótesis planteada en varios textos investigativos (Carles Feixa lo recoge para sus análisis en diversos ensayos). Sin embargo, bien podríamos cuestionarnos el salto cualitativo que podría llevar al considerar al joven no solo un actor emergente en determinados momentos históricos y para instituciones en particular

embargo, este grupo social también ha desempeñado un papel fundamental en el paso de la ciudadanía civil a la ciudadanía política, donde los derechos individuales como la libertad, la justicia y la propiedad, se concretan también con los derechos a participar en el espacio público (Reguillo, 2000b). Este salto cualitativo acerca de la práctica ciudadana, cambia mucho de los escenarios y acercamientos desde los cuales mirar los procesos de ciudadanía de los jóvenes⁵⁶.

No solo que podríamos establecer parejas terminológicas para tal reconocimiento: ciudadanías jóvenes; juventud ciudadana; asociaciones juveniles; movimiento juvenil; o, simplemente sujeto juvenil. Es necesario partir de la existencia de estos diferentes enfoques y conceptualizaciones para establecer un sistema de planificación y ejecución de políticas públicas para este sector⁵⁷. Resulta heurísticamente productivo y altamente atractivo para el análisis -diría Cisneros (2000)-, reparar cuál término de la pareja se acentúa: ser joven o ser ciudadano; cualquier elección, identidad colectiva juvenil o identidad colectiva ciudadana, involucra marcos de referencia, demarcación y percepción completamente diferenciados. E incluso -según el mismo autor-, averiguar qué operación conceptual funciona cuando analizamos al ciudadano joven en todos los ámbitos de su vida pública.

Podemos, asimismo, evidenciar la fragmentación de la identidad social y de sus colectivos, tribalización o glocalización contemporáneas, que lleva a desagregar a los colectivos (no sólo juveniles) a través de sus “nuevos” particularismos, sea por sus intereses, situaciones geográficas, opciones de vida, etc.; por ejemplo, podemos encontrar organizaciones de mujeres jóvenes, otras de jóvenes ecologistas, jóvenes del sur, jóvenes populares; es más, el cruce de estas variables provoca encontrar colectivos mucho más particulares: jóvenes mujeres ecologistas; jóvenes indígenas del norte, etc.

Los mecanismos de diálogo o ruptura entre sí, y su (in)capacidad de cohesión social visibilizan el debate acerca de la existencia de un “movimiento social de jóvenes”. Si la suma de las partes conforma un todo, podríamos dar cuenta de dicha existencia; pero si la ausencia de un proyecto (político) común (consensuado y articulado); o una cierta capacidad de movilización y reconocimiento social; o una capacidad de negociación con las instituciones, son las variables para la medición de tal movimiento, entonces surgen los cuestionamientos⁵⁸.

Del otrora movimiento juvenil-estudiantil de las décadas del 60 y 70, hoy no quedan rezagos; analizar sus razones son temas de otros debates. Sin embargo, la articulación de la juventud actualmente en torno a un “movimiento” es extremadamente coyuntural, además de frágil en su constitución. Habría que sumarse, por otro lado, a que la gran mayoría de los y las jóvenes no se encuentran organizados. Por tanto, la articulación de propuestas y demandas de este sector es muy débil, incipiente, desarticulada y esporádica⁵⁹.

(emergente para el Estado, para los partidos políticos, para el mercado, para el ejército, etc.), sino, por el contrario, considerarlo un actor permanente. Aquello podrá situarnos en un pensar y accionar diferente y legítimo para con los jóvenes.

⁵⁶ Asimismo, otro salto cualitativo es el logrado a través de varios instrumentos legales como el *Código de la Niñez y Adolescencia*, y la *Ley de la Juventud* -salvo las “lógicas” críticas que cada uno de estos instrumentos tienen, constituyen un marco normativo importante para enfrentar la temática y el accionar del Estado, respecto de adolescentes y jóvenes-. Pero, sobre todo lo es la *Constitución Política de la República del Ecuador* al declarar la ciudadanía desde el nacimiento; este es un concepto que se ha ido incorporando, el de la “ciudadanía social”, el cual faculta a todos y todas las ecuatorianas y ecuatorianos a gozar de sus derechos consagrados constitucionalmente, siendo el Estado quien garantizará su vigencia.

⁵⁷ Reiteramos la aseveración de Pérez Islas a afirmar que alrededor de las políticas de juventud existen diversas visiones y versiones.

⁵⁸ Sus organizaciones son conscientes de ello, y expresan: “nuestra intención no es hablar en nombre de la juventud, desconociendo nuestra diversidad, por el contrario, nos interesa asumir un papel protagónico que no desconoce la acción de otros frentes juveniles” (Foro Nacional de la Juventud, 1998).

⁵⁹ Una de las coyunturas más importantes que dio lugar al encuentro de varias organizaciones juveniles locales y nacionales, en los últimos años, fue en el marco de la Asamblea Constituyente de 1998. Para este caso, varios - quizá la mayoría o los más representativos- colectivos juveniles se articularon para generar una propuesta consensuada para la redacción, en lo que tenía que ver con los jóvenes, de la Constitución Política del Ecuador.

Por otro lado, el retorno a la democracia como forma de gobierno, ya hace 25 años, levantó muchas expectativas en las que el ejercicio de la actividad política y la administración de la cosa pública por parte de quienes fueron elegidos para ejercer ciertos cargos, pronto desalentó a quienes apostaron por el cambio. Entre los grupos sociales más decepcionados con la práctica política estuvieron las y los jóvenes quienes, poco a poco, se fueron alejando de las instituciones políticas. Creció la desconfianza en los dirigentes públicos, en el papel de las instituciones, en los administradores y operadores de los “planes y programas” (Jaramillo, 2002).

El Ecuador cuenta con partidos políticos débiles en los que la renovación de los liderazgos no existe. En las estructuras de los partidos políticos⁶⁰ y en sus idearios, es evidente la inexistencia de los jóvenes y de sus temas; ellos -los jóvenes- son mencionados como futuro (de la patria y de los partidos); no existen mecanismos claros sobre los cuales pueden darse los relevos generacionales⁶¹.

Pese a que el porcentaje de votantes jóvenes es importante, los partidos políticos no han vislumbrado, si quiera, su existencia; temas de su importancia como los derechos humanos; el género y los derechos sexuales y reproductivos; el medio ambiente, y otros, son ausentes de los discursos, planes de campaña o del accionar político.

Asimismo, no han existido esfuerzos generacionales (colectivos) por participar en los procesos electorarios. Los “esfuerzos” han sido aislados e individuales; de ahí que los nuevos partidos políticos o movimientos sociales no han contado con jóvenes, o han sido exclusivamente de jóvenes, dejando el tema de la participación electoral política en manos de los partidos existentes –con sus vicios y prácticas-.

El poder político en el Ecuador, funciona sobre la lógica del poder hereditario; las representaciones políticas en los partidos no se corresponden a procesos de formación y construcción de representatividad; la participación simplemente se hereda. Los actores y decisores políticos en su momento se han turnado presidencias, alcaldías, diputaciones, concejalías, etc. La inexistencia de renovación política es sintomática a una democracia debilitada en la que el poder, la participación y representatividad se sortean; de ahí que la posibilidad del accionar político de los jóvenes al interior de los partidos siempre esté pospuesta.

Asimismo, no solo es necesario analizar los procesos de ciudadanía desde las prácticas o las instituciones, sino también desde los aspectos de participación efectiva, tomando en cuenta el debilitamiento institucional de la política y además de otros procesos implícitos en la ciudadanía y la identidad nacional; así, términos como la “identidad nacional”, la “patria”, la “nación”, los “símbolos patrios” conllevan también serios cuestionamientos, y provocan preguntas acerca de las maneras en las que se construye y constituye la “identidad ciudadana” (no sólo de los jóvenes); de cómo se percibe la ciudadanía juvenil por los otros actores sociales, políticos, generacionales e institucionales; y de cómo se siente cada “ciudadano y ciudadana” con dicha titularidad.

Al respecto, no es que existe un proceso de “desarticulación” nacional, al menos no desde los jóvenes, pero sí una subjetividad que complejiza su análisis. Si bien ciertos conceptos, signos y símbolos referentes a la “nación” han sufrido una desapropiación, también se han resignificado. Los elementos articuladores y cohesionadores de la identidad ecuatoriana, y de muchas identidades nacionales alrededor del planeta, se encuentran asociados a eventos y momentos históricos como la guerra o el fútbol⁶².

⁶⁰ En su interior carecen de procesos de formación, organización y movilización; las bases juveniles de los partidos trabajan en acciones utilitarias (pegar afiches, cargar banderas, repartir información) que se activan y desactivan en cada proceso electoral.

⁶¹ Los partidos políticos recurren (cuando lo hacen) a figuras públicas –generalmente jóvenes- que no necesitan ser posicionadas, como por ejemplo: ex-reinas de concursos de belleza, presentadoras de televisión, cantantes, etc.

⁶² Aquí cabe la ejemplificación de esta aseveración tanto de los elementos articuladores de la identidad nacional, como de los procesos de resignificación de los símbolos patrios: a diferencia de los eventos castrenses desarrollados en los colegios para la “Jura de la Bandera” cada año y que los jóvenes revelan que no concreta ningún proceso de identidad o apropiación; cuando juega la selección: “todos somos Ecuador”, y más aún hay

De esta manera, el debate de la ciudadanía juvenil se complejiza cuando, no únicamente se centra en la conceptualización que se haga de estos dos términos, sino que además dependen de las percepciones -inclúyase estereotipos- y conceptos de los colectivos juveniles. Esto es relevante cuando al inicio de este documento citábamos la enorme diversidad de estos sujetos, no solo para hablar de juventudes, sino de sus particulares consumos y relaciones de lo que ha sido llamado “culturas juveniles”.

Adoptar decididamente un enfoque de ciudadanía y orientar el proceso institucional hacia la promoción de la condición ciudadana de los jóvenes, implica que la “ciudadanización” de los jóvenes no debe ser confundida con la “juvenilización” de la ciudadanía, es decir deben evitarse crear enclaves normativos que generen una clase especial de ciudadanos, los jóvenes (PRADJAL, 2001).

Asimismo, el rol del Estado cumple un papel fundamental en las miradas que desarrolla frente a los jóvenes, así como la significación que este tiene para ellos. Caben las preguntas: ¿Qué es el Estado para los jóvenes? ¿Qué sitio guardan los jóvenes en el Estado? Hasta hoy, tanto las políticas sociales, así como la misma aplicabilidad y garantía de los derechos, quizá -también- por desconocimiento de sus sujetos, se ha develado incompleta y selectiva, más aún en un país empobrecido, inequitativo y desigual. Pero, lo que no podemos desconocer, bajo ningún punto de vista, es la calidad innata de los y las jóvenes como ciudadanos, sujetos de derechos y, por tanto, sujetos de políticas.

Lo urbano y lo rural

Quien describa ciudades lejanas emprende un viaje

en el espacio, quien describe la propia ciudad

emprende un viaje en el tiempo...

Feixa, 2000

La ciudad y el campo, lo urbano y lo rural, el centro y la periferia, no constituyen entornos antagónicos en el desarrollo de la juventud, tampoco son necesariamente complementarios; pero sí constituyen un elemento de análisis ya que las diferenciaciones y similitudes entre sí, radican en el uso de los mismos y en la capacidad que los jóvenes tienen para establecer sus relaciones al interior de ellos; lo cual esta favorecido o no por unas condiciones particulares y unas situaciones determinadas, muchas veces no delimitadas geográficamente.

La ciudad -también- hace a los jóvenes ciudadanos, recordemos que la categoría “ciudadano” nació para describir a los habitantes de un espacio común llamado “ciudad”, que adquirirían ciertos derechos. Resulta importante profundizar el estudio de las ciudades no sólo porque dentro de los procesos de ciudadanización y de convivencia social, este espacio demanda su análisis particular, sino porque en la trama urbana, el sujeto juvenil -individual y colectivo- tiene relación directa con su localidad, donde gesta particulares percepciones y comportamientos para integrarse como actores.

Como decía Weber, “la racionalización se desarrolló en el plano político mucho antes que en el plano económico. La ciudad -según él- quería decir apertura, capacidad de cambio, libertad, capacidad de organizar intercambios económicos o culturales, etc., básicamente por razones políticas. Entonces, la ciudad fue el elemento central, el elemento básico, la célula central de la sociedad moderna durante una primera época”.

que vestirse con “la piel de mi país”; es decir, el símbolo patrio que es la bandera, toma forma y se apropia en tanto está más cercana al cuerpo, por tanto pintarse la cara con los colores patrios, o llevar una camiseta sí significa un proceso de identidad y apropiación. (Diario Hoy en su segmento dominical dedicado a jóvenes ha desarrollado un acercamiento interesante frente a estas temáticas. Ver www.hoy.com.ec). Nuevamente es importante encontrar la recurrente relación entre el mercado, el consumo, los medios, la sociedad y los jóvenes.

La historia moderna es la historia de “la decadencia o la muerte de las ciudades”. El mundo moderno empezó con la creación de la ciudad como acto político, ahora estamos viviendo una etapa de cómo tomar en cuenta la diversidad, las identidades y las memorias culturales. La ciudad no como lugar, la ciudad en su realidad virtual, en su realidad material, en su realidad imaginaria, es el lugar central donde se puede recomponer, reinventar un espacio político (Touraine, 1998); ciudad como encuentro, intercambio, ciudad igual a cultura y comercio; ciudad de lugares y no simple espacio de flujos (Castells, 2001).

Entonces, en el modelo clásico de ciudad, su papel es de quien da ciudadanía y crea igualdad de derechos en un colectivo. Hoy, el papel de la ciudad no sería, fundamentalmente, el de crear ciudadanos; su función principal es la de hacer común el desarrollo, la de ampliar y promover la comunicación entre proyectos de vida personales y colectivos; es decir, manejar, fomentar y proteger el deseo y la capacidad de cada uno de sus habitantes para comunicar(nos) con gente que busca, de manera diferente pero análoga, la construcción de su proyecto de vida personal entrelazando aquella actividad económica, política y la memoria cultural (Touraine, *Ibid.*).

“Las ciudades encierran historias, lugares animados producidos por una historia antigua y lenta” (Augé), pues “la ciudad no es solamente una construcción material y física” -sino “también es un espacio que alberga pensamientos, creencias, costumbres, tradiciones, hábitos y formas de vida del individuo que la habita, que nos testimonian sobre las identidades y culturas que conforman el apego a los lugares urbanos” (Guzmán⁶³)-, el surgimiento del concepto de “ciudadanía cultural”⁶⁴ cobra fuerza; siendo necesario, por ello, partir no solo de las nuevas subjetividades, representaciones y formas de acción y organización juveniles, sino desde sus resignificaciones asociadas a los consumos, sentidos, éticas y estéticas.

Lo que hoy está en juego, no sólo es la relación Estado-ciudadano, sino la relación (interacción) ciudadano-ciudadano; por ello, enfrentar el reto de concebir ciudadanas culturales, significa desarrollar nuevas configuraciones ligadas al llamado capital simbólico que producen constantemente los sujetos juveniles a través del lenguaje y de sus gramáticas de vida no solo como vehículo sino como constructor de realidades⁶⁵. Ya que, por un lado, son las representaciones individuales y colectivas, nutridas de percepciones, sentidos, mapas cognitivos y sus constantes experiencias mediatas e inmediatas, las que dan forma y contenido a las identidades-alteridades sociales para la construcción ciudadana (Reguillo, 2000a). Son, también, la tecnología y sus implicaciones no sólo en la producción de bienes y servicios, sino en la producción simbólica de la sociedad o los profundos cambios en la cultura material -como lo diría Castells-; la oferta y el consumo cultural, y el discurso jurídico, político y escolar, los que constituyen elementos que le dan sentido y especificidad al mundo juvenil y, por tanto, obligan a (re)plantear y (re)definir al sujeto juvenil (Cerbino M. y F. Cevallos, 2002) en sus diversos espacios y entornos.

Ante el constante “conflicto” urbano y de sus actores, y ante quienes diagnostican la “muerte de las ciudades”, Castells (2001), nos propone miradas más optimistas que “nos dicen que la ciudad moderna es otra ciudad, la que se puede observar en los límites de la ciudad actual, en sus periferias suburbanas, en sus entradas”. Hoy por hoy, las ciudades cada vez más grandes y globalizadas, y con amplios flujos de migración, abarcan zonas importantes en su periferia, las mismas que, en su mayoría, han sido descuidadas, subestimadas, o en el peor de los casos, invisibles. Y de sus habitantes, no se diga lo contrario.

Una mirada miope ha hecho de la juventud una categoría urbana, quizá porque es en ésta, en la urbe, donde se impregnan mayormente la conflictividad y la problematización de este grupo social; quizá porque lo rural es invisible, y no se diga lo juvenil en lo rural; quizá porque en el debate centro-periferia, ciudad-campo, urbano-rural, son las primeras quienes predominan.

Así también lo revela la poca o nula referencia a investigaciones, análisis o enfoques desarrollados para entender lo juvenil en el medio rural; incluso propuestas desde estos sectores

⁶³ <http://www.oei.org.co/sintesis.htm>

⁶⁴ El concepto de ciudadanía cultural ha sido usado especialmente por autores como Rosaldo (1990) y Reguillo (2000b)

⁶⁵ Ver Reguillo (2000b)

de jóvenes⁶⁶. El abordaje tradicional de estudio de este grupo etéreo ha estado centrado en relacionarlo a la producción agrícola-ganadera; sin embargo, los últimos estudios han reconceptualizado lo rural. La concepción de la “nueva ruralidad”⁶⁷ parte de centrar el análisis en lo territorial, donde se afirma que la economía rural es multisectorial y diversificada⁶⁸.

De allí que, lo rural es más que la agricultura ampliada y ocurre en territorios donde se da un continuo rural-urbano, que incorpora acciones o polos de desarrollo más dinámicos que coexisten con actividades tradicionalmente ligadas a la agricultura y abren la posibilidad de la multiactividad en el mundo rural (Espíndola, 2002). Asimismo, los procesos de cambio demográfico ocupacional; de globalización económica y comunicacional; de redefinición del papel del Estado a través de las reformas estructurales, tienen impactos importantes sobre los contextos en que los jóvenes del campo viven. (Durston, 1998).

Este enfoque territorial, sumado al enfoque etéreo que promulgan varios investigadores, constituyen los acercamientos adecuados para enfrentar la temática de los jóvenes y su diversidad en lo que respecta a su contexto étnico-racial, campesino o rural.

“En muchas comunidades rurales la extrema pobreza se debe en parte a la fragmentación de la tierra por herencia en un contexto de explosión demográfica, y al consecuente empobrecimiento de la calidad y productividad de la tierra. Dado que las familias rurales suelen tener dos o más hijos, impedir que por lo menos algunos jóvenes reciban una educación que les abre oportunidades de empleo productivo en el mundo urbano sería condenarles a una vida de extrema pobreza... La alternativa de la residencia urbana es un derecho de toda persona. Lo deseable es que todos jóvenes rurales puedan disfrutar de este derecho en forma plena, lo que implica también el derecho de recibir buenas bases de educación en el campo para poder acceder a un empleo productivo, ojalá en el lugar de origen pero sino en el área urbana. Es una violación de ese derecho promover un discurso para persuadir a los jóvenes resignarse a vivir en la pobreza rural como alternativa a las oportunidades urbanas” (Durston, 2000).

El significado del término “juventud” en la sociedad rural, las posibilidades y las limitaciones de poder llevar a cabo una estrategia de vida, y la relación entre los objetivos de las personas jóvenes y los de sus padres, están entre los elementos comunes a todos (Durston, 1998). Asimismo, se escucha con insistencia la preocupación para frenar el éxodo de los jóvenes rurales. En realidad, no es deseable orientar una estrategia de apoyo a la juventud rural en torno al único objetivo de inhibir la emigración juvenil a las áreas urbanas (Durston, 2000), sino de aquellas que den cuenta de la mejora de sus condiciones de vida⁶⁹. Aquí basta señalar que tras la aparente disminución del campesinado definido en términos económicos, se esconde la persistencia, bajo nuevas condiciones, de la *cultura* campesina subyacente en las relaciones y estrategias personales y del hogar⁷⁰ (Durston, 1998); pues los jóvenes en el campo están en una etapa de vida en la cual desarrollan un pensamiento estratégico, y durante ella tomarán muchas de las decisiones que determinarán el tipo de vida adulta que alcanzarán más adelante (Durston, 1996).

⁶⁶ FENOCIN JOVEN constituye una de las organizaciones más representativas al respecto, sin embargo, muchos de sus documentos refieren a la problemática juvenil en general, más que a la problemática de la juventud rural o afrodescendiente en específico; y si bien, sus puntos principales se centran en función de la exclusión, la mala distribución de la riqueza que pesa sobre este sector, la discriminación por razones étnico-raciales y otras, en su mayoría fijan puentes directos que no les diferencia de problemáticas comunes con los jóvenes urbanos.

⁶⁷ Para profundizar ver Echeverri R. (2001).

⁶⁸ Esta tematización ha sido abordada por investigadores como Durston, Dirven, Espíndola, entre otros.

⁶⁹ “La emigración empieza a ser un problema serio sólo cuando asoma como un peligro real el abandono de fincas económicamente viables, o cuando comunidades enteras puedan desaparecer del mapa, por falta de una ‘masa crítica’ de jóvenes suficiente para reproducir los hogares, las empresas productivas y el tejido social local... Si una parte suficiente de cada generación se mantiene en el lugar, la emigración de algunos puede constituir una válvula de escape que hace posible que los que quedan, salgan de la pobreza. Es más importante que no todos los más hábiles y capacitados salgan, sino que ellos también encuentren oportunidades de vida digna en el lugar, acordes con sus capacidades” (Durston, 2000).

⁷⁰ Estas variables son las que toma en cuenta el autor para desarrollar un “enfoque etario”.

Si bien todas las relaciones humanas de los jóvenes rurales dentro del hogar están marcadas simultánea y paradójicamente por la complementariedad y por la pugna entre intereses encontrados, el llamado “relevo generacional”, por un lado, o la búsqueda de su independización intergeneracional -muchas veces expresada en su adhesión a agrupaciones religiosas o políticas que cuestionan las costumbres (y autoridades) tradicionales, o por su solidaridad entre los mismos jóvenes- por otro, constituye a la juventud en una etapa de especial tensión intergeneracional, y de relaciones intrageneracionales relevantes a la hora de establecer sus estrategias⁷¹.

Entre dichas estrategias, podemos citar aquellas por las cuales el joven rural (re)quiere servir a la comunidad ya que ello constituye la base de las posiciones de prestigio tradicionales y de autoridad respecto a su vida, la de su hogar e, incluso de los recursos de su comunidad. Sin embargo, su “mayor” conocimiento del mundo, de su mayor prestancia a la tecnología y otros conocimientos que distan de lo tradicionalmente ha “adquirido” en su entorno inmediato, debido a su acercamiento a mayores y mejores niveles de información y educación, provocan que el joven rural “exija” dichas potestades del mundo adulto. “Pero antes de poder aplicar un ideario generacional, basado en esas ventajas comparativas, debe convencer de sus bondades a la generación mayor” (Durston, 1998).

Muchas veces esto es posible – dice Durston (ibid)-, como resultado de la inseguridad de la generación mayor, que siente su propia ignorancia ante la compleja realidad de la sociedad y la economía más allá del entorno local. Pero con igual frecuencia ocurre que el proyecto generacional joven es resistido precisamente porque los mayores no están dispuestos a ceder su autoridad y su control sobre recursos valiosos.

El abordaje de la temática rural, no está desvinculado de su relación a lo urbano y a un fenómeno globalizador que, como lo dijimos antes, ha borrado fronteras geográficas específicas. Sobre todo en el caso de los jóvenes rurales, la globalización de la comunicación y de sus mensajes culturales, en especial a través de los medios masivos como la televisión, la radio, el cine y los videos, ha tenido un impacto altamente visible desde hace varias décadas⁷² (Durston, 1998). De allí que es importante, también, abordar la relación e impacto de las culturas urbanas y los medios de comunicación masiva en los jóvenes rurales; así como de la capacidad de cambio, adaptación y alteración de las culturas “tradicionales”.

Estos acercamientos mucho más amplios han permitido replantear la importancia que pueden tener los grupos rurales en exclusión (mujer rural, grupos étnicos) entre ellos la juventud rural, ya que nos ubica en el camino de una “neoruralidad” donde la juventud se convierte en un actor del desarrollo con mayor capacidad de cambio e innovación, como canal de conocimiento hacia otras generaciones, como interconexión entre el mundo urbano y rural, y aporte de su capacidad creativa para la resolución de problemas y toma de decisiones -entre otras- (Espíndola, 2002).

Jóvenes sí, pero son hombres y mujeres

La construcción de la masculinidad y la feminidad, en los y las jóvenes, y en la sociedad misma, hace referencia a las diferenciaciones fisiológicas y biológicas; a la construcción sociocultural (efectiva e imaginario-simbólica) de la sexualidad, de roles y responsabilidades; al acceso a oportunidades, y al desarrollo de capacidades. Todo ello, en un marco de convivencia y complementariedad que no descuida, alrededor de ella, problemáticas particulares que van más allá de las perspectivas de género.

⁷¹ Para profundizar estos temas ver textos de John Durston. CEPAL.

⁷² La expansión de los medios de comunicación global se ha visto acompañada de una creciente diversidad de los mensajes transmitidos; su exposición ha generado nuevas diferentes actitudes entre los habitantes rurales, mayores y jóvenes. Si bien, existen impactos negativos en términos de promoción de valores consumistas y de los mensajes que transmite acerca de la vida y la cultura rurales; también han permeado discursos de derechos humanos, igualdad de género, desarrollo sustentable y uso apropiado de la tecnología, que constituyen impactos positivos y han posibilitado nuevas prácticas sociales -muchas veces contrapuestas o extrañas al medio rural o a prácticas tradicionales no siempre favorables para el desarrollo equitativo-.

La humanidad es masculina o femenina, y, como tal, cuando nos referimos al mundo, a la sociedad, o –en este caso- a la juventud, nos referimos a hombres y mujeres; dicho sea de paso, ni los hombres, ni las mujeres, ni “los” jóvenes o “las” niñas, no tienen porqué sentirse mencionadas para ser y estar en el mundo; o no tienen porqué no sentirse mencionados cuando nos referimos a estos términos y categorías.

Sin embargo, en el contexto social, no basta solamente con entender a las juventudes en tanto un grupo poblacional contrapuesto o confrontado con otras generaciones; sino que resulta necesario pormenorizar el análisis y entenderlas en sus relaciones de género al interior de la misma juventud, y de aquellas que la sociedad en su conjunto entabla con cada género en particular.

Incluso, más allá de las tradicionales concepciones de hombre o mujer, la diversidad hace su irrupción en los ámbitos de género y sexuales; así se expresa a través de gays, lesbianas, bisexuales, transexuales y transgéneros.

La construcción de la masculinidad y la femineidad, tiene relación directa con aspectos fisiológico-biológicos, con la sexualidad, así como con construcciones sociales; con roles transmitidos culturalmente –por tanto, aprendidos e interiorizados-, así como con imaginario-simbólicos sean estos sociales, o de la juventud en particular⁷³. Asimismo, dicha construcción tiene que ver con el sentir y el posibilitar. Aunque la respuesta sea inmediata, hay un largo y sinuoso camino entre el sentir y el poder; largo en la medida en que se interioriza, sinuoso en la medida en que se construye socialmente; pues, entender y poner en juego percepciones, sensaciones, necesidades, demandas y oportunidades es siempre demorado y complicado, no por ello imposible que se de el proceso de sentir, conocer, concienciar, expresar y posibilitar (es decir, la facultad de poder). Todos estos aspectos tienen repercusión directa en la cotidianidad de los mundos juveniles: en sus posibilidades vitales y en sus relaciones.

Sin embargo, habría que desarrollar un análisis lo suficientemente “objetivo” para encontrar relaciones de diferenciación, y –valga la redundancia-, diferenciarlas de las relaciones de discriminación. Si bien, el filo para interpretar de una u otra manera dichas relaciones puede ser angosto, estas se deben enmarcar en marcos analíticos más amplios; así, el cuerpo (fisiológicamente hablando, y de ahí su presencia, interacción o aprestamiento a diversas situaciones) diferencia a uno y otro género en su interacción con los demás.

La visión o enfoque de género, no solo es una herramienta técnica para el análisis social, lo es también desde el punto de vista político, pues se trata de “una fuerza política significativa, dentro de un marco amplio de análisis social y político en proyectos de cambio. En sí misma, no es una fuerza de la política formal, pero sus consideraciones son eminentemente humanas, por tanto imprescindibles cuando se trate de razonar alrededor de lo que se pretende cambiar o de lo que se espera que el mundo sea” (Reyes, 1999).

La problemática de género es necesario diferenciarla de una problemática de las mujeres en particular, este precepto ha sido confundido en varias investigaciones y análisis, pues, al analizar una problemática de un sector en particular, sin relacionarlas con el otro género u otras generaciones, podría sesgar el análisis⁷⁴.

De allí que se advierte que no puede convertirse en una tesis totalizante, ni manipulable a “tapar” crisis originadas desde afuera de las consideraciones de género, ya que -se previene-, que en el caso de superar las inequidades intergenéricas, y subsistan las inequidades intergeneracionales, o brechas entre la opulencia y la pobreza, entre el hemisferio norte y sur, entre el uso racional de los recursos por un lado y el desequilibrio ambiental por otro; la tarea no

⁷³ Para ello basta ejemplificar que el paso de niña a mujer, que se da en la etapa juvenil, está matizado por ritos de paso diversos y casi siempre extemporáneos entre sí; alrededor de este “cambio” se dan situaciones fisiológico-biológicas (como la llegada de la menarquia o primera menstruación); situaciones cronológicas y acepciones sociales (como el cumplir 15 años); y situaciones más de tipo subjetivas e imaginarias propias del individuo (como el hecho de tener su primera relación sexual).

⁷⁴ Pero eso sí, bajo ningún punto de vista se pretende desconocer el acceso prioritario de hombres a los centros de estudio, o su mejor paga en el trabajo frente a las mujeres, la explotación y mala remuneración, la humillación, el acoso y el abuso sexual especialmente frente a las mujeres.

estará solucionada. Por tanto, lo único que pretende este enfoque es convertirse en un medio apropiado para llegar al desarrollo humano sustentable. (Reyes, *ibid*).

Una adecuada lectura de las diferencias de género, resulta imprescindible a la hora de establecer caracterizaciones de este grupo social. La ropa, los colores, la moda, el consumo siempre es diferenciado, los roles, las responsabilidades, las libertades, también. La diferenciación de dinámicas propias de hombres y mujeres, tienen repercusión, incluso, en los tipos de enfermedades, causas de muerte, entre otras.

Si bien, “el legado del hombre productivo y la mujer ama de casa”, entre otras acepciones sociales, no están del todo asumidas por la juventud, pero terminan siendo reales en las posibilidades que la sociedad impone con los roles y los accesos diferenciados que dan a cada género. Roles que son construcciones sociales que pueden dejar de ser *naturales* y convertirse en situaciones *objetivas de vida*⁷⁵. Es decir, el rol no siempre está relacionado con las capacidades o las oportunidades particulares de cada individuo, sino con una construcción social que, incluso, confina a lugares, escenarios y -por tanto- prácticas cotidianas. Mucha de las razones por las cuales las mujeres no han logrado ejercer puestos de liderazgo en diferentes organizaciones juveniles, no se debe a un asunto de discriminación masculina, sino a cuestiones sociales y familiares⁷⁶.

Finalmente, es necesario recalcar que, varios acercamientos a diferentes temáticas de lo juvenil como la violencia, las pandillas, el trabajo, el estudio, el liderazgo, merecen atención ya que las relaciones de género entre hombres y mujeres son relaciones diferenciadas, positivas, negativas, excluyentes, autoexcluyentes, cómplices, impuestas, repetidas... sin duda, campos a analizar en la dinámica juvenil⁷⁷.

Por tanto, no se trata de generar in-diferencias, sino que a través del análisis minucioso de las particularidades de hombres y mujeres jóvenes, se encuentren caminos para la equidad y la complementariedad. Y reflejar como los y las jóvenes conciben una relación de “pares” diferentes-complementarios más que alteridades contrapuestas; y que junto a una cultura androcéntrica, para los sectores juveniles, existe además una cultura adultocéntrica que no los reconoce.

Afrodescendientes, blancos, indígenas o mestizos

*“Si indio era la palabra con la que nos oprimieron,
indio será la palabra con la que nos liberaremos”
Tupak Katari*

La naturaleza étnica-racial constituye un ámbito de reflexión cuando se trata de analizar las condiciones y situaciones particulares de desarrollo de los y las jóvenes; adscripciones que, además de ser mujeres y hombres, son negros, mulatos, indios, blancos o mestizos, que les

⁷⁵ Ver Reyes (1999). “Hombres públicos, mujeres privadas”. Género, democracia y ética ciudadana.

⁷⁶ La mujer joven tiene menos permiso de sus padres y madres para salir; tiene que llegar a horas establecidas (“descuentes” dirían algunas familias apegadas al “decoro y las buenas costumbres”); no se diga de la posibilidad de asistir a un campamento, taller o seminario que demande alguna noche fuera de casa; o, en algunos casos, tiene que cuidar a sus hermanos o cumplir con la “responsabilidad” de ayudar en casa. Más de un ejemplo cotidiano como estos influye en la asunción de roles sociales y públicos de las mujeres. De hecho, más allá de los hallazgos investigativos en este tema –que son pocos-, lo es la experiencia y las historias de vida alrededor de mi participación en diversas organizaciones juveniles y al haber ejercido cargos de representación juvenil en la que era papel de la organización –Foro Nacional de la Juventud- mediar en la relación con los padres para que las mujeres puedan participar de las diversas actividades de la organización.

⁷⁷ Varias investigaciones –algunas de ellas relacionadas con la violencia, las pandillas, o de ciertas culturas juveniles-, han advertido que cada vez más los roles de la mujer han tendido a masculinizarse (Ver, entre otros, Cerbino M. y Cevallos F. 2002). Asimismo, el rol del hombre joven en su apuesta pública ha sido influenciado por discursos sociales dominantes como el de la hombría, el valor, el respeto, el honor (elementos que develan la masculinidad hegemónica, dirían algunos autores).

permite o no accesos a servicios, garantías de derechos, o –simplemente- constituyen motivos para discriminación, exclusión o riesgo.

La juventud ha sido afectada por varios tipos de exclusión, no solo por una sociedad adultocéntrica, que discrimina por razones estéticas, de apariencia, o étnicas; también influye su procedencia étnica-racial entre las formas de desventaja y riesgo.

El estereotipo es mucho más amplio y la discriminación igual. La sociedad ha generado dobles y triples parámetros de exclusión directa, por ejemplo: ser joven-mujer-indígena; negro-joven-pobre; entre otras alternancias, configuran situaciones de discriminación, represión, machismo, racismo, violencia, irrespeto, atropello, abuso, acoso, intolerancia, imposición, inequidad, desigualdad. Situaciones que la juventud vive a diario en diferentes entornos: en la sociedad, en la familia, en los establecimientos de estudio, en el trabajo, en el grupo de amigos, en cualquier lugar, en cualquier momento.

De la otrora concepción de la colonia o del esclavismo de considerar a los indios o a los negros como seres “incivilizados” o “sin alma”, que dan cuenta varios documentos históricos, su legado es explícito; no desde una concepción filosófica o práctica de considerarlos seres humanos; sino que dichas discriminaciones de aquel tiempo han repercutido hasta nuestros días en la medida en que estos sectores no han recibido la suficiente atención, visibilidad y equidad, de allí que este arrastre sitúa a estos grupos sociales en unas condiciones sociales, económicas y políticas particulares.

Así como lo cuentan los propios indígenas ecuatorianos, en la década del sesenta y setenta, es decir, hace apenas unos años, andar por las aceras de la ciudad o pretender cruzar el parque principal de la ciudad les era prohibido. “...En esta década, nuestros jóvenes, golpeados por todas estas situaciones, solían decir: ‘maldita la raza en la que nací’, otros, cuando aplicábamos algunas encuestas sobre si saben o no saben el idioma materno, lo negaban, a pesar de ser monolingües kichwas. Nuestros padres, con la idea de evitar tanta discriminación, vieron como una estrategia vestirnos como ‘civiles’, es decir, como mestizos. Nos cortaron la trenza y, en algunos casos, nos pusieron terno y se empeñaron en hablarnos solamente en español, así nuestros padres quisieron que nos confundiéramos con los demás niños, que tuviéramos un poco de paz y, sobre todo, la posibilidad de estudiar con tranquilidad.”⁷⁸

El racismo todavía está en plena vigencia: en las mentes y en los actos. El estereotipo nuevamente es generado; lugares comunes asociados a connotaciones racistas y discriminatorias revelan no solo en tipos de exclusiones directas, sino también en los imaginarios sociales⁷⁹. Chistes, bromas e insultos asociados a diferenciaciones étnicas, develan una sociedad que no ha asumido una firme tarea de reconocimiento real.

Nuevamente esta operación significativa de estereotipar -al igual que aludíamos a los generados en torno a los jóvenes-, al llamarlos “sucios, feos, vagos, malolientes, ladrones” revela una estrategia de separación-división tendiente a dividir lo normal y lo aceptable de lo anormal e inaceptable, es excluir o expeler todo lo que no calza, que es diferente, enviándolo a un exilio simbólico porque es intolerable (Hall. 1997). En este caso -afirma el autor-, “las ‘víctimas’ pueden verse atrapadas por el estereotipo, confirmándolo inconscientemente vía los mismos términos en los que han tratado de oponerse y resistirse a él”. Es decir, el emblema opera como significación; ya que a partir de “trasladar” a sus portadores como características propias, dichos sujetos no tienen más que “adscribirse” al estereotipo y ser efectivamente “portadores” del estigma.

Frente a esta situación, no solo el estereotipo, sino la apuesta por políticas compensatorias como obras de caridad, son formas paternalistas que, a la postre, configuran una manifestación de racismo.

Más allá de una discriminación latente entre los sectores mestizos o blancos hacia los afrodescendientes e indígenas; también podemos encontrar discriminaciones de estos grupos

⁷⁸ Ver Ariruma Kowii. “Lo común y lo diverso” en Ecuador: los desafíos éticos del Presente. PNUD. 1999.

⁷⁹ En la sociedad ecuatoriana decir “indio” o “longo”, constituyen insultos; frases como “merienda de negros” en alusión a una comida en la que hay mucha bulla, o aludir al futuro como “negro” por decir que no es alentador; o, si la paz es blanca, y la paz es buena, ¿deberíamos pensar que lo negro es malo?.

entre sí; así, investigaciones desarrolladas dan cuenta como “la enemistad entre ambas castas – negros e indios- enraíza en el pasado colonial... para un indígena Cayapa -provincia de Esmeraldas-, (el negro) es un blanco teñido de oscuro” (Serrano E. 1992).

Algunas de las críticas planteadas ante esta situación aluden a que la incursión de un discurso posmoderno en lo político ha desviado el enfoque de las demandas hacia el reconocimiento de la interculturalidad como categoría política, donde la reivindicación de ciertos derechos particulares no se encuentran en relación con una condición de clase (como lo plantea la economía política), sino a una situación histórico-cultural. Cabe recalcar que no existe discrepancia frente al reconocimiento de la diversidad y la interculturalidad, tampoco frente a la demanda de los derechos particulares, sean estos individuales, colectivos o difusos); simplemente, la reflexión insta a pensar que la situación particular de las etnias, no siempre puede ser tratada desde una visión particular, sino que pueden encontrarse elementos cohesionantes, como lo son, sus condiciones socio-económicas comunes.

Es así como la problemática de la pobreza, está –desafortunadamente-, estrechamente ligada a comunidades y poblaciones indígenas y afrodescendientes. Así se refleja en el tipo de trabajo, el acceso a la educación, entre otras; dejan ver aquello que posibilitan las instituciones políticas y sociales para el acceso equitativo a oportunidades y al desarrollo de sus capacidades.

Una realidad común: la pobreza

“Cuando un hombre debe más de los que come se entiende, entonces, que la teoría falló...”

Alejandro Filio

La dinámica económica, la distribución de los recursos y la dotación de servicios, constituyen un escenario particular en el desarrollo de la juventud. Situaciones y condiciones de pobreza, migración, desempleo, entre otros, son factores que inscriben a los y las jóvenes en determinados y diferenciados proyectos de vida, no siempre acordes a sus expectativas o en condiciones de calidad.

Las principales críticas que se han desarrollado en torno a los “estudios culturales” es que éstos han reemplazado a la crítica que realiza la economía política⁸⁰. La tendencia del actual pensamiento político posmoderno se ha centrado en las múltiples formas de subjetividad (femenina, homosexual, étnica, etc.); “según esta orientación –dice Zizek S. (2001)-, debemos abandonar la meta imposible de una transformación social global y, en lugar de ella, concretar nuestra acción en las diversas maneras de reafirmar la propia subjetividad particular... en el cual el reconocimiento cultural importa más que la lucha socioeconómica”.

De hecho, un adecuado acercamiento a la situación de la juventud en el Ecuador, implica reconocer a estos sujetos sociales, no solo en tanto sus características particulares y, muchas veces subjetivas –que ya significan un gran avance-, sino contextualizarlos en los hechos históricos, sociales, políticos y económicos. De allí que, ya se ha afirmado constantemente que, para hablar de juventud, es necesario situarla en unas condiciones y situaciones particulares, que permiten o no acceso a servicios, generan o excluyen de oportunidades; promueven o debilitan su desarrollo integral.

Es decir, no podemos desconocer una realidad común: la pobreza; la marginalidad; la inequidad en la distribución de la riqueza y los recursos; la discriminación por razones étnicas y económicas; la exclusión directa o indirecta a bienes y servicios. Todas ellas repercuten directamente en las condiciones de vida de la población juvenil; y limitan la construcción de proyectos de vida en condiciones de calidad y equidad

La pobreza inmoviliza, desmotiva, preocupa; este fenómeno, alimentado por las políticas económicas (de ajuste, neoliberales) implementadas en el Ecuador y América Latina, no solo

⁸⁰ Ver Zizek S. (2001). *El espinoso sujeto*.

afecta la vida de las personas; influyen, además, en los diferentes sectores, instituciones, empresas y organizaciones. De allí que, entre otros ejemplos, encontramos un aparato productivo y un mercado laboral “incapaz” de absorber la oferta/demanda, sobre todo juvenil.

La garantía de los derechos se ha visto afectada debido a la situación socioeconómica; ésta ha sido un desencadenante para el nulo o limitado acceso a servicios –léase derechos-, no solo por parte de una oferta estatal que, desfinanciada y deficitaria, no logra priorizar su inversión social y el destino adecuado de los recursos; sino también una demanda social que no logra compensar su economía particular (familiar) con el costo que dichos servicios conllevan.

Todas estas situaciones y condiciones generan reacciones en los y las jóvenes, reacciones marcadas por el desaliento, el conformismo, el desinterés o la sensación de no futuro; reacciones subjetivas, sí, pero vinculadas a causas objetivas y tangibles. En la medida en que el entorno natural no puede brindar acceso a servicios, oportunidades y desarrollar capacidades, la búsqueda de otros espacios y entornos que así lo brinden, se convierte en una alternativa cierta; por ello, el fenómeno migratorio es creciente⁸¹.

Así como se ha mencionado anteriormente, en la dinámica social, la economía es una variable preponderante; ella visibiliza y proyecta diferencias de clase, de acceso, de oportunidades y capacidades; sitúa y dimensiona diversos proyectos de vida de las juventudes según su estrato social; genera y promueve que las *formas de ser y estar en el mundo* por parte de los jóvenes se limiten o potencien.

La inequidad en la distribución de los recursos, tiene que ver con la invisibilización (involuntaria o intencional) de los diferentes grupos poblacionales; así, en términos de inversión pública, de implementación de programas sociales, de desarrollo de proyectos, son los y las jóvenes los menos provistos de acciones a favor de ellos.

Si bien, la pobreza afecta de manera tangible en la economía familiar, en el acceso a la canasta básica, frente a puestos de trabajo o la posibilidad de obtener servicios sociales; las repercusiones son más amplias según cada caso; si tomamos como ejemplo que la unidad de producción campesina, como unidad de producción y consumo centrada en la familia y por ende en la relación intergeneracional, tiende a desaparecer, nos enfrenta a la posibilidad no solo de un cambio en el escenario de la producción, sino, incluso a los escenarios de socialización y sociabilidad.

La situación socioeconómica, junto con ciertas condiciones culturales, étnicas o de clase, han sido generadoras de discriminación; dichas brechas -generacionales, sociales y económicas- se develan en exclusión debido a la procedencia de centros de estudios públicos y no privados; discrimen por su procedencia del sector campesino, popular o urbano marginal; entre otras, son generadoras no solamente de un conflicto entre estratos sociales en su conjunto, sino en discriminaciones y exclusiones entre los mismos jóvenes debido a su acceso a diferentes consumos y oportunidades.

Nota del Autor:

El análisis y contenidos de este documento, si bien tienen la firma del autor, tiene también como referencia varios documentos desarrollados por organizaciones, colectivos juveniles, investigadores, técnicos, expertos y especialistas en juventud en el nivel nacional e internacional. Como es lógico, se han respetado sus autorías; pero también, al calor de la reflexión y la redacción, muchas de estas reflexiones han sido de carácter colectivo, en diversos encuentros, seminarios, lecturas o investigaciones. En dicho caso expresamos nuestro particular reconocimiento a los autores, cómplices y encubridores ya que sus (nuestras) aportaciones, se han convertido en un saber común, lo cual revela pasos fundamentales para la democratización del conocimiento, acercamientos analíticos y enfoques en torno a los jóvenes, pero sobre todo en

⁸¹ Sea a las ciudades más grandes o al extranjero, la migración afecta especialmente a los segmentos juveniles, y particularmente masculinos, sin embargo, quienes se quedan, las mujeres, los niños y niñas, los hijos e hijas, los abuelos y abuelas, también son afectados por este fenómeno.

la repercusión que éstos pueden tener para la construcción e implementación efectiva de Políticas de Juventud(es) en los países de la región.

De allí que es necesario expresar un particular reconocimiento a los aportes de: Carles Feixa, Susana Reguillo, Michel Maffesoli, John Durston, Sergio Balardini, Jesús Martín Barbero, José Antonio Pérez Islas, Germán Muñoz, Martín Hopenhayn, Dina Krauskopf, Ernesto Rodríguez, Julio Bango, Dardo Rodríguez, Daniel Espíndola, Marcia Maluf, Chrystiam Cevallos, entre otros, agradecerlos por las luces y miradas en el camino del saber y la reflexión acerca de los jóvenes.